

Leonardo Castella

MARIANILLO 1
BIRLIBIRLOQU



Marianillo
de Birlibirloque

Ediciones JAUJA

- Las Parábolas de Cristo, 1994.
Psicología Humana, 1995.
Freud. Diccionario de Psicología, 1996.
El Rosal de Nuestra Señora, 1996.
Domingueras Prédicas, 1997.
Psicología Humana (II Edición), 1997.
Domingueras Prédicas II, 1998.
Castellani por Castellani, 1999.
Un país de Jauja, 1999.
Cristo y los Fariseos, 1999.
San Agustín y Nosotros, 2000.
Doce Parábolas Cimarronas, 2001.
Su Majestad Dulcinea, 2001.
San Agustín y Nosotros (II Edición), 2002.
Marianillo de Birlibirloque, 2003.

Leonardo Castellani

Marianillo
de Birlibirloque

Corrección y notas:
Pbro. Carlos Biestro

EDICIONES JAUJA
MENDOZA - ARGENTINA

Todos los derechos reservados
Prohibida su reproducción total o parcial
Copyright by Instituto Padre Leonardo Castellani
Alem 2535 - Benegas - Godoy Cruz (5501)
Mendoza - Argentina
Telefax (54-261) 4390723
E-mail: icastellani@arnet.com.ar

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11723
I.S.B.N. 987-95425-6-0

Tapa:
Fotografía del P. Leonardo Castellani en su departamento
de la calle Caseros en la ciudad de Buenos Aires.

Diseño de Tapa: Patricia Heredia - Laura Güizzo

Diagramación, diseño y compaginación
del interior: Jorge Martín Villalba

Edición general: Néstor Gabriel Luján

ÍNDICE GENERAL

Nota Preliminar.....	9
Marianillo de Birlibirloque.....	11
Apéndice I: Los Aforismos.....	140
Apéndice II: El Fin del Mundo.....	143
Libros del autor	147
Instituto Padre Leonardo Castellani	152
Obras a editar	153

NOTA PRELIMINAR

De la presente obra existen varios estados de redacción, y aquí ofrecemos el último texto, con las correcciones de puño y letra del autor.

En las versiones anteriores el título del escrito y nombre del personaje era "Marianito Exsinagogis", que Castellani toma del Evangelio de San Juan 16:2: "Os echarán de las sinagogas". El texto griego trae "*aposynagógous*", y la Vulgata "*absque synagogis*". El autor reconstruye libremente la expresión. "Exsinagogis" aparece en el original con distintas grafías, que unificamos en atención al lector.

En la última redacción, tal nombre se mantiene en varios lugares, y lo conservamos tal cual.

Asimismo en la cubierta de una versión anterior aparece debajo del título la palabra "Novela".

P. Carlos Biestro.

JERÓNIMO DEL REY

Marianillo
de Birlibirloque

BUENOS AIRES, 1974

Sr. Jerónimo del Rey

Salen con ésta hacia su dirección en un cofrecito todos los papeles del P. Mariano, a quien Ud. puso un apodo que no me gusta; pero me consta que lo quiso mucho. Mutuamente. Hé leído lo que estaba a mi alcance; es decir, lo que me concernía. Hay varios que no entendí, sobre todo los que tratan de teología; y no pude ponerlos en fila, pues como Ud. verá, muchísimos carecen de fecha. Estoy segura, a Ud. le servirán más que a mí. Yo he hecho fotocopiar cuatro de ellos.

¿Por qué atendí al P. Mariano?, al cual llamó Ud. con un apodo en latín que a él no le indignaba, pero a mí sí. Dejé todo lo que tenía, «realicé» (como dicen) mi casita de Montevideo, y me dediqué a cuidarlo en sus últimos años, haciéndole de ama de llaves, cocinera y aun enfermera, pues cuando me instalé en su casucha, él ya estaba enfermísimo. Por qué lo hice, apesar del enojo y los vituperios de mi hermano, no lo sabrá nunca, pues yo no lo contaré y el que podía ha muerto. Pero me dejó todo lo poco que tenía en su testamento, pero algo en ese escrito parece insinuar que los papeles, después de verlos, se los pasara íntegros a Ud. con lo cual cumplo aunque sea lerdamente. Cuando los reciba estaré yo en Uruguay, mi patria. Sepa que soy incapaz de contestar cartas. Tampoco le mandaré mi dirección

para que me visite si va a Montevideo. Eso sí, le anunciaré brevemente si llego a llenar mis planes.

No es necesario que me dé cuenta del recibo del panzudo cofrecito, basta que se lo diga a Ñuspa, que está allí al lado y ella me lo hará saber.

Si Ud. oye misa y comulga mucho según creo, rece por el pobre Mariano y por mí algunas veces. Yo estoy bien en la religión evangélica (que Uds. llaman protestante) que me enseñaron mis padres. El P. Mariano nunca intentó sacarme de ella.

Soy de Ud. segura servidora

Gretchen Van Mooren

2

Jerónimo del Rey - Ésta es la carta definitiva que me mandó la Bárbara (que es el verdadero nombre de la Gretchen), la cual estoy seguro no me escribirá de nuevo; por lo menos mandándome su dirección de Montevideo. Se hace la arisca conmigo porque tiene celos de mi amistad con Mariano, que es mejor que la suya; porque ella no ha estado con mi pobre finadito desde los cinco años en la escuela de las Monjas, que ahora llaman «guardería».

Lo esencial es que me mandó fielmente todos los papeles, los que, aunque al comienzo parecían un caos desesperante, he conseguido poner en orden ni yo sé cómo, por una especie de milagro. Y el primero de todos voy a publicar, el único libro que dejó mi cumpa inconcluso. Lo escribió para la

Bárbara, para responder a una objeción contra la Iglesia Romana, no de ella propiamente, sino de su padre, el Pastor Mooren, que en Montevideo llamaban «Moro».

El padre de la Bárbara fue un holandés pastor luterano que vino al Uruguay muy joven, allí se «pastoreó», se casó con una orientala, tuvo una sola hija, la cual se empeñó en educar él solo hasta que llegó a los 19 años, y allí se murió el luterano, que se había separado de su mujer unos diez años hacía, y ella, fallecida también hace tiempo. El Pastor le infundió a la Bárbara sus argumentos contra los «papistas» o al menos contra el Papa, que constituían gran parte de su religión, junto con la devoción a Lutero. El principal argumento contra los romanos era decir que el Concilio Vaticano había hecho dogma de una cosa absurda: a saber, que la Iglesia Católica se probaba o demostraba *por sí misma*.

La existencia de ninguna cosa puede demostrarse por sí misma, porque entonces ya la conoceríamos y entonces la demostración huelga, y hacerla es incurrir en un círculo vicioso. El conocido «argumento moral» del Papa Pío XI dice que la Iglesia asentada en la colina Vaticana se demuestra divina por sus cualidades, que son sobrehumanas; como su santidad eminente, su moral sublime, la civilización que trajo a la Europa, el modo admirable de su propagación y su perduración por casi 20 siglos. El «Moro» decía que eso no probaba nada, pues todo eso se explicaba por causas naturales; como lo explicó el inglés Gibbons en su magna obra *Decadencia y Caída del Imperio Romano* al final (*Decline and Fall*, p. I, Cap. XV). Gibbons era volteriano, pero había que saber leerlo -decía el Pastor Mooren. Y las causas de la fulminante propagación del Cristianismo en el siglo II eran enteramente «apodícticas».

El Pastor Moro decía con gran énfasis que la historia de la Iglesia Romana, lejos de probar que era cosa divina, había que hacer un gran esfuerzo para conceder que al menos era cosa honesta; y enumeraba la Inquisición, los *heréticos y judíos quemados vivos*, las Cruzadas, Juana de Arco, la Matanza de los Albigenses, la noche de San Bartolomé, Galileo, la corrupción de la clerecía en el siglo XVI y aun en el nuestro; de modo que Lutero (al cual él llamaba *Lúther*) promoviendo una gran revolución religiosa había salvado la doctrina de Jesucristo, que de otro modo se anegaba. Y todo esto se lo inculcó a su hija desde pequeña.

Mi *cumpa* Mariano jamás discutió con ella de cosas religiosas —ni conmigo, por cierto. Nunca discutía. Pero un día le dijo iba a escribir un libro para deshacer esa dificultad, que ella repetía con frecuencia; sobre todo que había añadido a la letanía de su padre «Inquisición», etc. lo que había hecho con Mariano Su Iglesia Vaticana; lo cual le daba en rostro cada día. El cura le dijo iba a hacer una especie de parábola o alegoría en que *la Iglesia sería la isla de Jauja*; y un viaje para descubrir la Isla Afortunada resolvería todas las dificultades luteranas no sólo con eficacia sino con romanesca amenidad. Escribió la introducción y tres capítulos y después abandonó el libro diciendo «no le salía», se había equivocado de idea. Que son los capítulos que siguen a continuación, aunque no sea nada más que para dar a ver el estilo de Marianito y su singular «humor».

3

LA ISLA DE JAUJA
(Estudio geográfico-histórico-metafísico)

por

MARIANILLO DE BIRLIBIRLOQUE

*«El hombre es realmente hombre
cuando juega» (Immanuel Kant)*

Yo soy de una ciudad que como estrella
Brilla en la noche sobre un alta loma
Más antigua que el mundo y aún doncella
Grande a la vez Jerusalén y Roma.
Su pie en la tierra y su mirada bella
La luz por sobre las estrellas toma...
La ciudad del Gran Rey que es tierra y cielo
¡Venid, oh gentes que buscáis consuelo!

4

PLAN

1.- De si se puede probar que la isla de Jauja existe; o mejor dicho, de si no es posible probar que eso NO se puede probar (Determinación negativa).

2.- De si eso se puede probar por medio de la misma isla de Jauja (Argumento ontológico).

3.- De una falsa prueba de la isla de Jauja (no de su existencia, sino de su naturaleza) dada por algunos geógrafos modernos (Argumento dialéctico).

4.- De si se puede probar que es posible probar la existencia de la isla de Jauja a gente que nunca la ha visto; y cómo (La paradoja).

5.- De si se puede probar la existencia real de la isla de Jauja a los mismos habitantes de la isla de Jauja; y cómo (La existencia).

6.- De una prueba de la isla de Jauja que tiene el efecto de convencer de su inexistencia; o sea la prueba del cuchillo sin mango ni hoja (La especulación).

7.- De la dificultad particular de distinguir la verdadera isla de Jauja (La polémica eclesiástica).

8.- De la singular manera de existencia de la isla de Jauja (Contradicción).

9.- De si se debe admitir en rigor que existen dos islas de Jauja y no una (El escándalo).

10.- De si existen tres islas de Jauja (El cisma).

11.- Cuál es el elemento antijáujico que ataca la realidad de Jauja (La cizaña).

12.- Cómo el elemento antijáujico llega a formar parte de la isla de Jauja (La crucifixión).

13.- Carácter de irrealidad de la isla de Jauja (La gran paradoja).

14.- Un fenómeno cosmológico posible que reduciría a la nada la isla de Jauja —o poco menos (La profecía).

15.- Hipótesis extrema acerca de la isla de Jauja (Lo esjatológico).

5

NOTA DEL EDITOR

Los papeles que me he hecho un deber de publicar pertenecen a un sacerdote sudamericano, Marianito Exsinagogis, decedido hace algunos años, oportunamente para él; y decimos esto no por inhumanidad sino porque realmente es así, como verá el benigno lector en el curso de la lectura. El apodo en latín que le puso su amigo Manolo, él se lo cambió.

Los lectores en general tienen la idea de que los sacerdotes han de escribir solamente de cosas religiosas; y no podemos negar que eso sería realmente, *hablando en general*, lo que más conviene y cumple. Sin embargo no se ve por qué un sacerdote

que hubiere hecho algún descubrimiento en geografía, historia o metafísica, no pueda darlo al papel y aun a la tinta de imprenta, si a mano viene. Pues dado que parece vituperable que un sacerdote se dedique, con detrimento de su sagrado ministerio —y hasta llegando tarde a los casamientos y trabucando los funerales—, a otros estudios que no sean los del catecismo y la sagrada liturgia; sin embargo, en tiempos libres, ratos perdidos y momentos de recreación, parece sería tolerable se hiciese la vista gorda acerca de algunas escapadas breves por los dominios profanos de la metafísica, la historia y la geografía; lo cual es exactamente el caso de mi protegido, albacea o mandante, como puedo jurarlo; el cual además no podía escribir sobre religión porque se lo habían prohibido quienes pueden hacerlo; y tenía el vicio de escribir, muy disculpable por cierto dado que su edad, achaques y voluntario recluimiento le impedían plantar caña de azúcar, estibar cereales, criar vacas holando-argentinas y hasta castrar colmenas y cerdos, que eran los otros recursos de ganar el puchero para los cuales lo habían educado sus piadosos padres. En cuanto a los famosos «derechos de estola» y «pie de altar» y otros recursos prebendiales o canonjiales, estaba enteramente privo de ellos por justo juicio de Dios.

Tenemos la convicción de que este opúsculo un poco ligero y profano, que publicamos «*proprio Marte, propriis expensis, proprio periculo*»¹ —y que tenemos la intención si Dios quiere de hacer seguir de unos nueve o diez más— no dañará mayormente el prestigio del honorable cuerpo jerárquico a que perteneció el extinto, puesto que vemos que la

1. "Con nuestro esfuerzo, dinero y riesgo".

mayoría si no todos los sacerdotes ESCRITORES de las últimas generaciones egresadas de Villa Devoto, se han dedicado a la literatura teológica y religiosa en forma compacta; de modo que no podemos rastrear en nuestra memoria (que tenemos buena) ni un solo título de novela policial, epopeya, drama, libros de ética o psicología, ensayos de pedagogía o manuales de veterinaria que ostenten al lado del nombre del autor la honorable abreviatura de Pbro. —deshonorable por cierto en este caso hipotético e irreal. No. Los sacerdotes argentinos, haciendo honor a su tradición, se mantienen loablemente apartados de los peligrosos y ambiguos confines de la literatura, sobre todo de la literatura moderna, que sabemos cuán podrida y depravada anda, no menos que de las ciencias profanas, hoy al servicio del demonio; y de los engañosos y alocados reinos de la poesía.

Puesta en salvo así la reconocida seriedad de nuestro clero, creemos cumplir con un deber sagrado al publicar el estudio geográfico-histórico-metafísico sobre la isla de Jauja de nuestro malogrado amigo Exsinagogis; aunque no precisamente porque creamos que haya en él verdaderos descubrimientos como en el *Elogio de la Locura* de Erasmo o *La Vida Espiritual* de Constancio Vigil; dado que (como no ignoran nuestros lectores) en esos dominios no pueden darse descubrimientos rigurosamente hablando, tan explorados están ya... La geografía ya se sabe que con el avión ya no tiene secretos; la historia argentina está terminada, en tal forma que incluso se ha fijado definitivamente en el «*ne varietur*» de una enciclopedia escolar en 17 tomos; y en cuanto a la metafísica «argentina» (pues no nos interesan nada las metafísicas de foráneo origen, sabor y cepa) sabemos que los filósofos argentinos la han explorado

en todas direcciones como un rebaño de búfalos hambrientos; y que han llegado no solamente a repetir egregiamente los resultados conclusivos de la antigua especulación, más aún hasta hacer hallazgos que ni se los sueñan en Europa. Hay incluso periodistas que han descubierto nuevos «presocráticos», que es cosa mucho más notable que nuevos planetas o cometas; y existe un grueso tomo titulado *Los Orígenes de la Filosofía en el Río de la Plata* (mucho más notable que el libro análogo de Ameghino sobre los orígenes del hombre en la misma región) que ha descubierto en la Argentina nada menos que cuatro «*sídera maiora*» del pensamiento filosófico que nadie sospechaba, a saber: Gregorio Furlong, Pedro Ignacio de Castro Barros, Cornelio Saavedra y Cayetano Rodríguez (Ver Parte III, cap. 6, p. 641).

Con tales antecedentes, no es de extrañar que nuestro desdichado amigo no haya osado los espinosos campos de la investigación; y se haya propuesto por modesto objetivo el simple planteo de un problema donde convergen por lo menos tres disciplinas diversas; y esto solamente en forma negativa (como me encargó muchas veces lo advirtiera al lector) es decir, no pretendiendo resolver el problema mas solamente determinarlo rigurosamente en sus pros y sus contras —para que lo resuelva aquél que él llamaba «Sé-más-feliz-que-yo»; es decir, su sucesor (con perdón de lo cacofónico) en este arduo estudio —que el pobre hombre pretendía demencialmente que fuese yo.

6

El problema consiste escuetamente en esto: si es posible probar la existencia de la isla de Jauja; o más exactamente, si es posible probar la no imposibilidad de esa prueba. Como si dijéramos —poniendo un ejemplo histórico de signo contrario: «Yo no puedo probar ni desprobar filosóficamente la eternidad del mundo; pero puedo probar que no se puede probar»— cosa que según tenemos oído, realizó Santo Tomás de Aquino, en la *Suma*, fin de la 1a. parte y además en su opúsculo o monografía especial: — escribiendo a la vez contra los agustinianos de su tiempo, que sostenían se podía *desprobar*; y contra su maestro Aristóteles, que pensó que se podía probar.

Esta limitación a un solo problema; y ése solo negativo a la segunda potencia, explica la poca extensión de esta obrita; a pesar de que el autor ha rellenado sus argumentos y silogismos con anécdotas, comparaciones, parábolas, epístolas, versos y chistes, con el fin de amenizar la abstrusa materia y quizá también ayudar al librero que se ponga (cuitadillo) a vender el libro. Sin embargo, como me advirtió no una vez sola el autor en su lecho de muerte, este problema toca la cuestión más candente de nuestros escandencidos tiempos; y el estilo que ha tomado, por las razones que he dicho y otras que él tendrá quizá ocultas en su pecho, no debe engañarnos acerca de la profunda seriedad de la pregunta que aquí se trata de formular; o mejor dicho de *desformular*.

Sabemos que este librito, inocente a prima faz, suscitará sospechas, levantará objeciones y (Dios

quiera que no) también malentendidos, furias y persecuciones. No sólo no será entendido de muchos (sino fatal de todo libro en nuestra época), sino que otros lo entenderán mal y aún harán escudriño en él de intenciones ocultas o alusiones malévolas. Mucho lo sentiremos si esta profecía se cumple; mas la conciencia de ese «efecto» inevitable (efecto en sentido billaresco) no puede apartarnos del espinoso deber que contrajimos a la cabecera de un moribundo, ni de la fatídica inclinación que tenemos a lidiar con editores y corregir pruebas —¡Adelante pues con los faroles, y arda Troya si tiene que arder! Y desencadénense las ocultas potencias de la suspicacia, la maledicencia, la crítica y la razón, que una vez que veamos el opúsculo encuadernadito y amontonado en la «distribuidora» responderemos con la conciencia tranquila y la serenidad de un estatua a esas gentiles invitantes y a todas las otras que se presenten: «Gracias, señoritas; yo no bailo».

Bailarán entre ellas ¡Que bailen!

Jerónimo del Rey

7

DE SI SE PUEDE PROBAR QUE NO ES POSIBLE PROBAR LA ISLA DE JAUJA

La isla de Jauja pertenece al archipiélago de las Islas Afortunadas y está situada a los 485° de latitud boreal y 387° de longitud longitudinal.

La existencia de la isla de Jauja no se puede negar directamente, como es obvio, puesto que allí

está visible, sólida y desmesurada en medio de tantas islas menores, muchas de las cuales han desaparecido en el transcurso del tiempo, permaneciendo ella intacta aunque no sin grandes cambios. Dicen incluso que desde que brotó del mar no ha cesado de crecer: crecimiento que unos tienen por un bien y otros por un mal.

Sus costas, sus límites, sus montañas, sus peñones, sus bosques, sus casas, son más que visibles, inevitables: no hay navegante que de un modo u otro, no hable de ellos. Su comercio con las otras islas es frecuente y manifiesto: demasiado manifiesto hoy en día.

¿Cómo pues ha sido puesta en tela de juicio y provoca tantas discusiones, polémicas y libros, de modo que diríamos que hoy es el asunto más candente en las discusiones humanas? Es sabido que esas discusiones han provocado muchas muertes e incluso guerras. Algunos han llegado hasta achacarle (injustamente) el origen escondido y último de *todas* las grandes guerras.

Eso es el asunto: que no nieguen justamente que exista una cosa que se llama Jauja: niegan que Jauja sea Jauja. Pretenden que Jauja es una mera palabra, aplicada engañosamente a una cosa que no es Jauja ni cosa por el estilo. Más aún, muchos pretenden demostrar que es imposible que exista Jauja. Esto por un lado.

Por otro lado, están los partidarios fanáticos de Jauja, que la dan por supuesta y se irritan al máximo con los que no admiten el supuesto. Pretenden que Jauja se prueba por Jauja misma. «¡Basta verla!» —gritan— «¡Yo no la veo, qué voy a hacer!» Pero cuando un desdichado les dice eso, enseguida ponen en duda la moralidad del individuo; y hubo tiempos en que lo agarraban y lo quemaban a fuego lento.

Me hacen recordar a cierto libro devoto que leí otrora, en el que el autor dice: «Si alguno al leer esto piensa que exagero ¡ay! sepa que no me entiende, o porque es un hombre animal '*qui non sapit quae sunt spíritus*'², o porque es un soberbio de esos que hoy llaman supercríticos, o porque simplemente Dios y su bendita Madre no lo predestinaron para la vida eterna».

El autor es un santo; pero no tiene la humanidad de pensar que quizá yo no lo entienda porque él tiene mal estilo o pésima gramática; porque no llegó a explicarse bien en un asunto que es sobrenatural; o simplemente que se equivocó, no siendo un Dios sino un *humanum errare est*. No, señor. Si alguno no lo entiende a él, al infierno con él o a la Santa Inquisición española.

Así pues la cuestión con Jauja es su existencia *reduplicative ut Jauja*, como dicen. El armazón, el esqueleto, la mole, el volúmen, el cuerpo y las vestiduras están allí como una viga en el ojo ajeno o una brizna en el propio, de modo que de eso no hay discusión alguna.

Está en todas las cartas de marear, hablan de ella todos los mareantes y hay bibliotecas enteras de libros pertinentes o impertinentes (es decir, en contra) en todas las Facultades de Geografía. Suscitar su nombre en el ánimo de los mortales, en todos los cuales vive su inmortal añoranza, no es problema; lo contrario es más bien lo dificultoso: poder distraerlos de esa constante pesadilla, obsesión o idea fija de Jauja, más constante e insistente que el mismo «instinto sexual» de hoy día; lo cual es mucho decir, vive Cristo.

2. Que no conoce las cosas del espíritu.

8

Es curioso a este respecto la correspondencia cambiada entre el geógrafo Estrabonius (no Wilfrido, sino el otro, el griego) con el Rey Federico II de Prusia, correspondencia que reproduciremos más adelante. En resumen, el Rey dirigió al sabio un telegrama concebido en los siguientes términos:

«ENVÍE INFORMES, REFERENCIAS, PRUEBAS
CIERTAS ISLA JAUJA STOP YO EL REY»

El geógrafo contestó después de un año de ardua labor con el conocido libro *Tractatus de Jauja Insula Speculativus-dialécticus* que mis lectores conocen y está en todos los anaqueles. El Rey le envió una misiva por avión:

Inconvincente. No se embroma el gobierno que voy a dejar mi trono y mi palacio, exponiéndome a que me los quiten, y hacer un viaje arriesgado y peligroso por una cosa tan problemática cuanto espléndida y arriscada. Mande demostración definitiva 'en términos matemáticos».

El geógrafo se contentó con enviar sus *Apostillas Explicativas no Matemáticas al TRACTATUS*, en lengua vulgar, inéditas hasta hoy, de las cuales me he de servir abundantemente en esta obra. El Rey las sometió al examen de sus tres consejeros Voltaire, Rousseau y Volney los cuales produjeron los informes negativos que más abajo reproduciremos. El Rey en consecuencia se negó muy justamente a pagar al sabio el trabajo añero de la composición del *Tractatus*, porque como dijo muy bien Diderot: «Un libro de un sabio donde no esté la VERDAD OBJETIVA, y eso

en forma que la alcancen todos, no es un libro de un sabio ni nada que se le aparente».

El geógrafo se limitó a contestar, desde su retiro de la isla de Patmos con la breve nota que se conoce en la historia de la ciencia con el nombre de la «Impertinencia Borussíaca» que trajo su desgracia definitiva a los ojos del Rey; pero que constituye en su hermética brevedad el único intento científico de resolver el problema vital que yo en estas desmañadas páginas pretendo formular simplemente (no resolver), pero formular de modo que constituya el fundamento de toda solución futura.

9

La nota, traducida libremente del dialecto en que está redactada, reza así:

«Un día *Conocimiento* se presentó ante el trono imperial de Gengis Khan y le dijo:

— ¿Cómo se hace para ir a la isla de Jauja? ¿Es ésta una cuestión que se puede conocer?

— Tú lo sabrás si eres *conocimiento*.

— Pues no lo sé.

— Vete averiguarlo. Todos gastos pagos por este Imperial Resorte.

Conocimiento empezó a recorrer tierras y comarcas en busca de algún morador de la isla de Jauja o turista tan siquiera. En la falda de una alta montaña, trepando fatigosamente y hecho una miseria de harapos, sudor y roña se encontró con *Silencio Obrador* y le dijo:

— Tú que estás siempre en viaje ¿Dónde está la isla de Jauja?

— No lo sé —repuso *Silencio Obrador*.

— ¿Lo sabe alguno por si acaso?

— Alguno lo ha de saber, es claro.

— ¿Dónde está ese susodicho, «alguno»?

— Tampoco lo sé.

Siguió en su busca *Conocimiento* y tropezó en la Universidad de París con *Aturdido Vivir*; llamado también Don Juan de Austria, y le dijo:

— ¿Sabes tú dónde está la isla de Jauja?

— Claro que sí —le dijo el elegante muchacho— Desde niño me lo han enseñado y lo sé como fósforo.

— A todo empeño y costare lo que costare, deseo, quiero y es mi determinación deliberada adquirir esa preciosa información; por lo cual te ruego pongas tus condiciones para dármela.

— Ninguna condición —dijo *Aturdido Vivir*— El saber para ser saber se ha de dar gratis —como dicen los profesores de aquí, los cuales cobran 1.800 ducados de mesada...

Pero cuando quiso decírselo, después de tartamudear algunas frases inconexas, se encontró con que irremediablemente lo había olvidado; por lo cual se disculpó cortésmente.

— ¿Y no lo sabrá alguno de estos profesores?

— ¡Qué esperanza! Viven en la abstracción de la especulación es decir no *viven* siquiera: «*piensan*». Yo por lo menos vivo —dijo Juan de Austria.

—¿A qué llamas tú vivir?

— Lepanto... La conquista de Inglaterra... Leonorcilla de Este y Madama Cinthia Contarini... Y la defensa de la Fe Católica mundial encarnada en el Imperio Español antes de todo. En fin, vivir...

Conocimiento lo dejó y se puso en marcha hacia la región de Hieroíntrofos (la Tierra de los Confines

Sagrados) donde en un gran convento, que no albergaba más que santos (y bastaba ingresar a él para volverse santo), vivía el *Renato Místico*, gran teólogo, que era allí el Prior. Preguntado cómo se iba a la isla de Jauja, respondió después de hacerse bastante de rogar:

— Hay que partir del *Nosé* para llegar al *Sé*, que no es todavía la isla de Jauja, ojo; y hay que traspasar las tres estaciones del *Sé*: la del verbo *Saber*, la del verbo *Ser* y la del pronombre reflexivo; porque para llegar a saberlo *Todo*, es principio el hacerse *Nada*. No se trata de un progreso propiamente dicho. Para llegar a Jauja, lo primero es quedarse quieto. Inmovilizar todas las cosas, desistiendo de querer reformar el mundo y hacerlo progresar, hacer de cuenta que todas las cosas que ahora hay *son así* y no habrán de cambiar nunca —y tampoco importan mucho, aunque cambiaran: ocuparse exclusivamente de cambiarse a sí mismo, lo cual tiene también tres estaciones, a saber: *Resignación*, *Sufrimiento* y *Conciencia de la Autoculpa Total*. Pues se trata simplemente de conectar lo concreto con lo abstracto, lo más concreto que existe con la cosa más abstractísima; o mejor dicho, con algo que está más allá de toda abstracción —la cual no puede hacer más que ponerle un nombre (Jauja), falso desde luego, porque eso no tiene nombre; conectar eso con la vida concreta, y no con lo más eminente de la vida novelesca, como *Lepanto*, la *Conquista de Inglaterra*, las *Malvinas*, la *Creación del Justicialismo* y demás acontecimientos resonantes de que hablan los novelistas e historiadores, sino con los menudos hechos de la vida cotidiana, como comprarse unas medias de «nylón» o irse a sentar después de comer en la

mitad de la calle Lima y ponerse a hablar allí con un tartamudo...

Apenas oyó esto *Conocimiento* saltó de gozo, porque lo comprendió; aunque comprendió también que era más fácil entenderlo que hacerlo. Pero en fin, él era *Conocimiento* y todo su hipo era conocer; de modo que después de agradecer a *Renato Místico*, le dijo:

—¡Qué felices somos nosotros dos de ser los únicos del mundo que sabemos de la isla de Jauja! Estimo que eso es propio de una mente muy esclarecida, y que me traerá grandes adelantos en mi vida universitaria ¡Los otros dos a quienes me dirigí no sabían nada!

— Pues no —repuso *Renato Místico*— nosotros dos no sabemos nada...

— ¡Los otros no me supieron decir nada!

— El primero, *Silencio Obrador*, lo sabía; y sin embargo no te mintió; el segundo, *Aturdido Vivir* te mintió: ése no lo sabía, pero por lo menos, puede llegar a saberlo ¡Los únicos que no podemos llegar a saberlo somos nosotros dos!

Al oír esto *Conocimiento* entró en tan gran perplejidad que le dio allí mismo un ataque de Cinco-Pardíaco, que es enfermedad del corazón, que casi muere. Se repuso sin embargo, sentó plaza de soldado, y se presentó a un concurso para una cátedra de Astronomía en la Universidad de Bariloche...»

Hasta aquí la última nota del geógrafo Estrabonius al Rey Federico, que irritó al máximo a este bondadoso monarca por su manifiesta impertinencia, y por querer echar a broma tan importante cuestión, delante de un potentado. *Seria serie sunt tractanda* —dijo el Emperador: hay que tratar seriamente las cosas *demasiado* serias.

10

**DE LOS CARACTERES REALES
Y FICTICIOS DE LA ISLA DE JAUJA**

Antes de todo, es necesario describir la isla de Jauja con sus caracteres reales, porque en esto se ha misticado tanto y reina tal ignorancia y confusión que emprender un libro sin más ni más sería empresa inútil y un garrafal error: —en el cual sin embargo caen no pocos— si es que caen; y no será el negocio o la vanidad los que los impelen a escribir, y no el verdadero saber y la misión de enseñar.

Pongamos pues de un golpe y ya desde el comienzo (horros de explicarlo mejor más tarde) los tres caracteres reales de esta isla de que ha macaneado tanto la poesía, sobre todo la poesía de los aprendices de geógrafos, sin ningún conocimiento serio, o con muy poco de ello. Estos caracteres son:

1º - Los que viven en la isla de Jauja no se pueden equivocar, en lo fundamental, al menos.

2º - Los que viven en Jauja, ciudad sobre un monte, están en situación de ver con claridad su propia senda y camino en la vida.

3º - Tienen la posibilidad abierta de llegar a ser Reyes de Jauja, o almenos Duques, Marqueses, Grandes Financistas o Millonarios.

Me parece que estas tres condiciones son bastante ventajosas para no tener que andar fingiendo otras del todo quiméricas y fantásticas, como por allí pululan; y aún diremos que son más excelentes y grandes que las que se fantasean; y es justamente

su grandeza la que excita la fantasía de tantos charlatanes sin seso suficiente, y les hace fingir otras excelencias de similor por modo de analogía o «modo de decir», o sea, de engañar miserablemente a sí mismo y a otros. Son los turistas, los hoteleros, los viajantes, los capitanes de taxis aéreos o marítimos y los empresarios de correos y telégrafos de la isla de Jauja los responsables en trance de propaganda de lo que podríamos llamar la «mitología de Jauja»; que en estos días ha crecido tanto y se ha mezclado de tal millonada de errores que justamente eso es lo que ha producido la general incredulidad y aún la aversión y el odio hacia la Isla Afortunada.

Por ejemplo, éstos que dicen que en Jauja *los perros se atan con longanizas*; es un manifiesto error y absurdo, dado que entonces los pichichos se comerían las longanizas y saldrían sueltos por todos lados, estorbando la mar y ensuciando los jardines; o sea, que es decir que en Jauja la gente no tendría sentido común; siendo así que la verdad verdadera es que en Jauja atan los perros con piolas y cadenas, y buenas cadenas, y la gente abunda en sentido común casi tanto o más quizá que en la República Argentina. Que muchos de esos empresarios, viajantes y explotadores de la fe en Jauja tengan y coman en sus casas muy buenas longanizas, eso no hay que ponerlo en duda; *pero que aten sus perros con las longanizas*, eso es una especie que hacen correr ellos disculpándose con que la gente es bruta y no entiende las cosas de Jauja si no se les dice en forma concreta y colorida; cosa en que estamos de acuerdo, con tal de que nunca se les digan en forma *bruta*: lo cual es inadmisibile en ley de hombres de bien.

11

Y como en este ejemplo que hemos analizado, todos los demás: que *en Jauja no hay que trabajar*, verbigracia, ¡pistolas!, es posible que muchos de esos empresarios de turismo no trabajen mucho, pero nos consta que en Jauja hay que trabajar mucho, aunque se trabaje con alegría o al menos con esperanza; que *en Jauja las calles están empedradas de flores y empanadas de dulce de leche*, ¡pamplinas, cómo se podría caminar por ellas entonces y qué de suciedad se originaría!; que *en Jauja hay completa seguridad una vez uno ha entrado*, ¡patrañas!, no hay seguridad completa ninguna parte en esta vida, y aún podría decirse que en Jauja menos; pues a las comunes incertidumbres de la mortalidad se añade allí la mortal incertidumbre (sólo vencible con un continuo esfuerzo) de si es o no es Jauja, y de si podré permanecer hasta el fin en ella, sin contar las molestias que dan los empresarios con sus patrañas; finalmente, que *a Jauja se puede llegar en cualquier momento, de cualquier manera y con toda facilidad*, lo cual aunque sea verdad en un cierto sentido (muy remoto), no es la verdad inmediata, sino su contrario; de modo que todo verdadero geógrafo que quiera enseñar la verdad (y más si tiene misión de ello) debe empeñarse a fondo en *hacer a Jauja difícil y no fácil*, en dificultar de toda forma el acceso a Jauja (idealmente, en las mentes de las gentes) para que no se produzcan malentendidos e ilusiones que puedan ser perniciosas y aún fatales. Hay que decir a la gente de entrada: que para llegar a Jauja debe vender todo lo que tiene y equipar un buque propio, que desconfíe de todos los empresarios de turismo, cuya facilonería

mendaz es una verdadera calamidad de nuestros tiempos y ha producido no pocos extravíos y naufragios. Todo el mundo desde los 7 años y aún antes se llama «jáujico» y lo es; hay que decirles que lo importante no es ser «jáujico» sino «volverse jáujico»: cosa difícilísima.

Pilotos ciegos se meten a guiar a pasajeros ciegos para llevarlos al abismo más abismal.

Y lo mismo hay que desconfiar de todos esos poetas que hacen odas, romances y elegías a la isla de Jauja sin haber estado en ella. No dirán mentira en lo que dicen, mas tampoco dicen verdad ni pueden decirla. Toman uno de los poquísimos libros que hay de poetas que han llegado realmente a Jauja (poquísimos porque en Jauja no hay tiempo de hacer poemas, ni a la gente allí les da por eso, sabiendo que es más bien ocupación inferior, al menos comparada con la de ellos) y tomando ese libro auténtico, lo imitan: lo imitan muy bien muchas veces. Pero por bien que lo imiten, nunca eso es la realidad; o bien es la realidad traspuesta al plano imaginario (como si dijéramos, a la *irrealidad*), es decir, al plano estético, que es diverso del plano de Jauja, aunque tenga con él ciertas correspondencias, naturalmente; con lo cual el libro es poco auténtico y vierte hacia la facilonería en la mente demasiado crédula de la gente. Aunque sea poco amable eso de señalar con el dedo, tomemos un ejemplo: ¿Quién le quita a Paco Luis Bernárdez, a Juan Ramón Jiménez o al Doctor Castellani por ejemplo componer «liras» tan buenas como Juan de Yepes³ o mejores? Nadie. ¿Dicen mentira en esas *liras* que componen? No dicen. ¿Entonces?

Sí, pero ellos no son Juan de Yepes. Eso es poesía pura, no es geografía: es *ficción*, en puridad.

3. San Juan de la Cruz.

Vean que he tomado mi ejemplo entre los más honestos del gremio; que si vamos a la manga de poetastros imberbes y boquirrubios que arroja cada año a la sobrehaz de nuestra paciente Nación la Facultad de Poesía y Gay Decir con sus títulos flamantes y sus lirás relucientes, eso es el acabóse; sobre todo desde que todos ellos quieren hablar de Jauja y es un berretín el que tienen; que si se limitaran a hacer versos a sus queridas o a componer odas al 25 de Mayo o a la batalla de Ituzaingó, por lo menos no harían daño a nadie. Y no digamos nada si son maestras normales, que ésas son superdoctoras en todo y eminentemente poéticas. En suma, tengo para mí que nuestra grandiosa Facultad de Poesía y Gay Decir, con su enorme claustro profesoral, sus cátedras y sus laboratorios, para muchísimos jóvenes argentinos es una trampa; y una trampa que cuesta muchísimo (aun materialmente hablando) a nuestra rica nación, al mismo tiempo que se proclama que su enseñanza es gratuita. No hay cosa más cara que la enseñanza gratuita...

12

Hemos tocado en forma somera pero suficiente los caracteres esenciales de la isla de Jauja, contraponiéndolos a los caracteres ficticios de la propaganda y la mistificación; de que son responsables ante todo los «empresarios» y los poetas regenerados; más nos falta añadir un carácter fundamental que es «clávico» en este asunto, y es éste: que estos caracteres esenciales no se pueden conocer si uno no está ya en la isla de Jauja o en

marcha directa hacia ella. De donde se deriva esta paradoja: que para conocer la isla de Jauja hay que entrar primero a ella; y para entrar en ella hay que conocerla primero. Paradoja que para muchos parecerá y parece verdadera contradicción e imposibilidad; y no lo es sin embargo, como explicaremos más tarde. Es una cosa sin sentido; pero no es un contrasentido.

Muchas cosas hay en Jauja que parecen imposibles. Ya advertimos que hay toda una escuela de pensamiento contemporáneo que afecta demostrar la imposibilidad de la existencia de Jauja; y lo que es más, a veces la demuestra, la ha demostrado muchas veces. Y sin embargo, ante el *hecho* de su existencia han caído hasta ahora todas las demostraciones. *Contra factum no valet argumentum.*

13

DONDE SE PONEN LOS TRES INFORMES
DE LOS BUFONES DEL REY: VOLTAIRE,
DIDEROT Y VOLNEY —POR LO MENOS A
TÍTULO DE SIMPLE INFORMACIÓN
HISTÓRICA.

INFORME DE F. M. AROUET,
(A) VOLTAIRE.

Egregia y soberana Majestad:

He leído el libro del geógrafo Strabonius *Tractatus de Jauja Insula*, y me hará S.M. el honor de creer

que lo he leído todo; aunque eso sea un milagro mayor que la misma Jauja.

Como nota muy bien S.M., el autor prueba que existe la isla de Jauja por medio de la misma Jauja: método egregio y muy propio de la geografía. Eso es lo que se llama *ignotum per notum*; y de ninguna manera incurrir en la bestialidad de explicar *obscura per obscuriora*.

Es propio de los intelectos poco profundos (a los cuales confieso pertenecer, por mis pecados) demostrar una cosa remota por medio de otra más próxima; y una cosa poco clara en sí misma, con ayuda de otra que sea clarísima; y así lo proclamó Aristóteles, aunque no siempre lo hizo; pero explicar un algo que apenas se entiende por medio de otro que no se entiende nada; y esto último, por medio de un absurdo y una contradicción, esto es propio de mentes muy muy profundas.

Strabonius prueba la existencia de Jauja poniéndonos delante las excelencias extraordinarias y miraculosas de la misma isla de Jauja; de las cuales concluye que en Jauja necesariamente se contiene (aunque escondido) un *quid divinum*; de lo cual se deduce la existencia de la Divinidad, y ésa, tal como la conciben en Jauja; de lo cual deduce el geógrafo con gran facilidad que la tal Divinidad se debe a sí misma la creación de Jauja; lo cual prueba que ella existe.

Esta demostración, aunque sea enteramente propia de la cabeza estupenda de nuestro Strabonius, tiene sin embargo su precedente y como su lejana adumbración en la demostración de la existencia de Dios que hizo un excelso Santo Padre y que es todavía el estupor del mundo, en esta forma: Dios posee evidentemente todas las perfecciones; pero la existencia es una perfección, sin duda alguna, tanto, que sin ella las demás perfecciones quedan

bastante desmedradas y disminuidas; luego Dios tiene también la perfección de la existencia y por tanto existe. ¿Cómo, cómo?

Esta demostración dejó con la boca abierta a nuestro gran Descartes, cuando la oyó; después de lo cual el filósofo no la pudo cerrar más; afortunadamente para Dios Nuestro Señor y desgraciadamente para nosotros.

Con todo el respeto debido a la autoridad de estos sabios, y haciendo la reverencia a su gran demostración, yo me permitiré indicar que han omitido otra demostración igualmente fácil y que no le va en zaga: la demostración de Jauja por medio de los prospectos de propaganda de los empresarios del turismo a Jauja. Ésta no tiene vuelta de hoja; y está allí a mano.

Todos sabemos lo que ganan esos empresarios, los bienes que poseen y la vida cómoda que llevan: vemos aquí mismo en nuestros reinos cómo el principal de ellos está edificándose un gran palacio en la colina de Montparnasse. Por tanto, si para ellos existe tan evidentemente la isla de Jauja, ¿por qué no ha de existir para los demás? ¿Y cómo sería posible que una cosa que no existe diese tanto dinero? La ignorancia y la estupidez de la humanidad no es tan grande, al fin y al cabo.

La estupidez total e irremediable de la humanidad la defienden los partidarios del llamado Pecado Original; entre los cuales ni Su Egregia Majestad ni yo nos contamos, por nuestros pecados; porque no hemos sido predestinados a ello por Dios Nuestro Señor en sus inescrutables designios.

Majestad, mi parque de Ferney donde estoy edificando un teatro (para el cual me serían necesarios los 6.000 ducados que S.M. sabe) me consuela por ahora de esta inexplicable omisión de

la Providencia —como diría el muy bestia de Juan Jacobo Rousseau, el cual cuando lo leo me hace dar ganas de caminar en cuatro patas, a causa de su exquisito estilo francés-suizo.

Soy suyo in aeternum

Voltaire

14

INFORME DE J. J. ROUSSEAU

Sacra, Cesárea, Real Majestad:

La llamada isla de Jauja es una cuestión muy antigua de la humanidad (aunque no tanto como se nos quiere hacer creer), que yo creo ha llegado el momento de someter a las luces de la razón, iluminada por el deísmo de Hume, Shaftesbury y Hutcheson, Co. —que no hay que confundir con los fabricantes de galletitas en lata del mismo nombre.

Se pretende en efecto que Dios, el Supremo Arquitecto del Universo, ha depositado toda clase de excelencias y perfecciones en una isla rodeada enteramente de bruma -y que cuando se abren clarazones en ella, muestra cosas que no son del todo lindas- no dándose ninguna razón de por qué el Supremo no ha puesto todas esas perfecciones en las otras 300 islas del Universo (en lo cual parecería haber fallado su Suprema Bondad y Munificencia) y muy especialmente en la isla de Francia, donde resido actualmente; y en Suiza, cuna de mis primeros días; —lo cual acusaría a mi ver

muy poca racionalidad en el Autor de Todas las Cosas— y Auto por tanto también de la Razón.

La prueba de esta pretensión tan insólita es dada por los partidarios de Jauja con la ostensión de algunos fragmentos de excelencias y perfecciones, como trozos de cuarzo aurífero o pequeños diamantes, y sobre todo a base de fotografías un poco veladas, y diversos cuadros de acuarelistas—algunos muy buenos artistas, desde luego; aunque la discusión siempre permanece vigente en este punto.

Yo quiero despejar de una vez todo el campo y ponerme en plena luz de la razón. Quiero conceder todas las fotos veladas, guijarros auríferos y acuarelas discutibles como documentos auténticos, cosa que están muy lejos de conceder los sabios—entre los cuales no cuento por cierto a ese espíritu ligero, burlón y maligno que pretende llamarse el señor de Voltaire, siendo así que su nombre verdadero es Arouet, siendo como es hijo de un lacayo: el cual ha dado últimamente, no sé por qué, en la flor de perseguirme. Quiero admitir todo el *dossier* alegado por los más frenéticos propagandistas y preguntar si eso constituye una prueba valedera.

Es evidente que no; se quiere probar una cosa «absoluta» por una cantidad de cosillas relativas, que aunque se amontonaran al infinito nunca constituirían más que una «aproximación». La diferencia entre la prueba y lo probando no es cuantitativa sino cualitativa. Aun dando por realmente valiosos todos los guijarros (cosa que no es posible hacer, como ha demostrado en nuestros días el eminente crítico Dom Perigueux), quedará aún la exigencia de un verdadero «Salto» para llegar a la certeza: queda un abismo *béante*. ¿Cómo probar la existencia de una cosa divina por medio de un montón

de cosillas humanas, a veces demasiado humanas? Hay entre esas dos cosas una desproporción total. Al fin y al cabo lo que se alegan son hechos históricos y geográficos; y lo que se concluye es una cosa desmesurada, beatitud eterna, felicidad infinita, superación de todo mal, transformación de la naturaleza, etc.. Hay aquí una *metábasis eis állo génos*⁴ tan enorme que constituye un verdadero salto mortal.

Dicen que habita allí el Ave Fénix; y me muestran una pluma del Ave Fénix, un poco diferente de la de ñandú, pero que puede ser de ñandú. Dicen que habita allí el hipogrifo violento y me muestran una crin de hipogrifo, un poco diferente de una de onagro, pero que puede ser de onagro. Dicen que está allí el Árbol de la Vida, y me muestran una hoja que puede ser de siempreverde sencillamente. No, no concluyen lógicamente. La conclusión está del todo fuera del movimiento dialéctico, como diría el animal de Volney.

La respuesta que dan a esto los jaujistas: «Id a verla y la veréis» es un círculo vicioso. Porque para ir a verla hay que dejarlo todo, arriesgarlo todo, perderlo todo... ¡No se embroma el gobierno!, como dice muy bien Su Sacra, Cesárea, Real Majestad. Para eso habría que tener de antemano una seguridad absoluta en la mano, de la ganancia del ciento por uno: seguridad que pedimos y no nos dan. De modo que se da verdadera *circulatio*: ¿De modo que para saber de Jauja hay que estar primero en Jauja; y para entrar en Jauja, primero hay que saber de Jauja? Áteme Ud. esas dos moscas por el rabo —hablando con respeto, Majestad.

Este informe mío deshace enteramente la pesada e incomprensible elucubración del geógrafo

4. Transposición a otro género

Strabonius, del cual no sé por qué S.S.C.R. Majestad hace tanta cuenta. Lo que podría añadir a esto el empachado Volney —miserables refutaciones empíricas de este o aquel cuarzo aurífero o fotografía— no añade una pizca al asunto. Ése, S.S.C.R., no es sino un engreído, un cerebro prodigiosamente estreñado e indigestado, lleno de abstrusidades y flatulencias.

Espero el envío de los fondos a fin de poder concluir la «Constitución de Polonia» que tengo entre manos, y que habrá de ser el primer sillar de la felicidad democrática del género humano.

A sus pies, devoto

J.J. Rousseau

15

INFORME DEL MARQUÉS DE VOLNEY

Egregio Emperador Consorte de la Germania:

Yo soy un hombre que no ha nacido para divertir a la gente, sino un espíritu investigador empeñado, actualmente y siempre, en la más peligrosa y fuerte inquisición acerca del valor de la razón pura. Sin embargo, no ha podido dejar de divertirme la copia del libro imperito que su Imperancia ha tenido la dignación de enviarme. Ese autor, que no conocía, carece de toda erudición, aun la más somera; y comete, no sé si a desigño, grandes anacronismos, ananomismos y anatopismos: Gengis Khan, Juan de Austria, la Universidad de Bariloche, todo mezclado con seres ideales (irreales) como Conocimiento,

Silencioso Obrar, Aturdido Vivir, Renato Místico, etc.... (¡idiota!)

El renacimiento de la leyenda de la isla de Jauja es hoy completamente perspicuo gracias a los trabajos de la crítica moderna. Es una perfecta filfa que esa leyenda date de hace 2.000 años; el nombre de Jauja (que es diverso de la cosa) puede tener esa edad, aunque eso mismo yo lo niego. La cosa se ha ido formando en tiempos relativamente recientes y ha tomado varias formas, como es propio de ese género de cosas; y es cosa del todo diferente, naturalmente, de lo que pretenden los empresarios. Se trata de lo que nosotros sociólogos llamamos un mito psico-social.

Así como yo he probado en mi obra *Las Ruinas de Palmira* que Jesucristo es un mito solar (una de tantas reencarnaciones ideológicas del eterno mito solar, como Apolo, Horus y Mitra), independientemente del hecho de si ha existido o no en un rincón del mundo tal hombre, —que tengo para mí no ha existido, o si existió, fue un loco;— así podría yo probar más fácilmente que la discutida isla de Jauja es un mito psico-social, del género de la *República* de Platón, la *Ciudad del Sol* de Campanella o la *Atlántida* del Canciller Bacon: materializaciones espirituales (si así puede decirse) de la eterna nostalgia de la humanidad hacia una sociedad perfecta, que es la que nosotros los enciclopedistas vamos a edificar, como S.I. sabe y como pruebo concluyentemente en mi libro supracitado.

Oprimidos por las potencias de la superstición, el oscurantismo y la tiranía, los hombres siempre han soñado con una sociedad de semidioses o superhombres que pusiese paz en la tierra, luz en todas las mentes y alegría en todos los corazones;

y de vez en cuando aparece un visionario que encarna esa eterna añoranza en un mito psico-social; lo cual no es lo mismo que realizarlo fuera del papel. Que ese visionario se llame poeta, filósofo o fundador de religiones, poco importa: Pablo de Tarso, uno de los primeros teorizadores de Jauja, era algo de las tres cosas. Pero hasta la fundación de los Rosa-Cruz, y el advenimiento de nuestro poderoso movimiento de la «Ilustración» (que S.I. llama *Aufklaerung*), esas visiones no pasaron de ser eso. Se dio la casualidad que existía una poderosa apariencia de comarcá o islote, formada por restos del Imperio Romano, de la filosofía griega, y de varias supersticiones orientales; islote sometido a continuas mutaciones volcánicas y rodeado de niebla y humo, al cual se adhirió en forma pertinaz y continua ese nombre de Jauja; y de allí brotó esa enorme falsificación, ilusión y engaño que es fondo del cómico libro de Strabonius o Estrabón —si preferimos la lengua vulgar—, último avatar ridículo de la Utopía psico-social.

Tome pues Su Imperancia su reconocido coraje a dos manos y con todo el corazón y el alma entone el peán de la liberación y la salvación, gritando: “¡Jauja no existe! ¡Heil Hitler! ¡Jauja no existe!”

En espera que Su I. no tomará en cuenta otros informes quiméricos de tipo dialéctico-filosófico-jurídico, no basados en la experimentación y la erudición como los que pueden producir dos ideólogos como Arouet y el lacayo Rousseau; y en espera también de la orden de pago de mis míseros honorarios, que ya se demora más de cinco meses, soy de Su Imperancia afectísimo y S.S.

Marqués de Volney, Sq.

16

**DONDE SE PONE LA CORRESPONDENCIA
PRIVADA DE MARIANILLO DE
BIRLIBIRLOQUE POR SI PUEDE
SERVIR A DAR LUZ SOBRE EL COMIENZO
DE SU INVESTIGACIÓN: APÉNDICE QUE
PONEMOS EN EL CUERPO 8 POR SI EL
LECTOR PREFERE SALTARLO⁵.**

CARTA I

Excelentísimo Sr. Archisinagogo de Agathaura,
S/C.

La presente es para comunicarle, después de desearle buena salud y dar por supuestas las introductorias zalemas, que «heme» instalado en este Asilo de Rabinos conforme lo mandado; y participarle que me va muy mal. El haberme nombrado Capellán perpetuo de él es una filfa con perdón de la palabra: pues no solamente no pinto nada aquí, sino que estoy continuamente vigilado y castigado como un presidiario.

La cuestión principal es que mi salud va muy mal; y aquí no puede ir de otra manera. No duermo lo bastante. Y no durmiendo lo bastante, ando de

5. En el texto mantenemos el tamaño normal de la letra para facilitar la lectura.

mal humor; y andando de mal humor, riño con el Superior, el cual me mostró desde el principio una feroz desconfianza y continua falsía, que no sé si es envidia o caridad; y riñendo con el Superior, todo lo demás marcha como Ud. puede imaginarse.

S. E. dirá que me muera, que eso poco importa a la institución; la cual posee numerosos ministros, todos más útiles que yo, sobre todo en cuanto a «efectividades conducentes».

No tendría inconvenientes en morirme; pero es que no puedo. Posiblemente Dios quiere que haga algo todavía (posiblemente mi gran Disertación geográfico-histórico-metafísica) y por eso se obstina en conservarme la vida. En fin, no sé.

Ruégole pues que provea a esta mi necesidad, que Dios se lo pagará, contramandando mi honroso nombramiento, en bien de este humilde servidor, que lo es.

Marianillo de Birlibirloque
q. b. s. m.

CARTA II

A mi confesor R. P. J. R. M. G.

Estimado Padre Gonar:

Le adjunto copia de la carta que dirigí ayer a S. E. el Archisínago. Lo que digo allí es verdad: este asilo de sacerdotes es para mí una cárcel y aun peor; pues lo de la «Capellanía Perpetua» era embuste. No puedo dormir acá y menos escribir la gran obra en que como Ud. sabe estoy empeñado,

y eso es lo único que conjeturo tengo que hacer en este mundo mundillo. Así que le ruego interponga su valimiento para que me den licencia de salir de aquí, por humanidad siquiera, si no por amistad: que de eso no me tiene mucho el Archi. —De lo cual no me quejo; pues no creo la tenga a nadie.

Le voy a copiar una página de mi diario, fecha ayer, ya que las reglas de nuestra orden mandan que al confesor se le tenga la conciencia enteramente descubierta, y «no solamente los pecados, sino también las buenas obras, tentaciones y virtudes todas, para que puedan ser más perfectamente ayudados en el Señor»: regla que me parece maravillosa si se cumple bien, y de ningún peligro ni dificultad para mí, que he sido siempre abierto y sincero... hasta ahora.

Decía así:

Las Promesas de Cristo (23-XI-1951)

Recuerdo que una ocasión, hace muchos años, me preguntó el entonces (y siempre) Padre N.N.: —¿Vos creés que esa promesa de Cristo del ciento por uno se cumple en esta vida? —Yo sí, le dije. —Yo no creo, me dijo, se cumplirá si acaso en la otra vida.

La verdad es que en mí esa promesa no se ha cumplido hasta ahora; y le queda poco tiempo y ninguna probabilidad: ésa es mi experiencia interna contra la cual no vale ningún razonamiento ni esfuerzo alguno de la voluntad de creer. El «camino espiritual» emprendido con tanto entusiasmo hace como 30 años ha terminado en el desierto, en el vacío, en la nada. La Santa Iglesia no me ha salvado, el sacerdocio me ha arruinado, y ha sido para mí un gran negrero, o quizá una trampa mortífera. La bendita «disciplina

eclesiástica» que salva las almas, ha sido causa de una enfermedad crónica del hígado que es una tortura continuada de cuerpo y alma. El «camino de las virtudes» me ha llevado al resentimiento y al tedio, a la tristeza e irritación continuas, a la imposibilidad de vivir y de morir. Mi oración no ha sido oída y mi buena voluntad ha sido burlada continuamente. Todas las ilusiones han muerto.

¿El ciento por uno? El cero por ciento. Ni siquiera lo necesario para vivir, ni lo material para vivir, ni lo moral, que es lo más importante, el resorte del vivir, el gozo. «*Gaudium do vobis*»⁶. ¿Dónde está ese «*gaudium*»? Y yo lo he predicado; yo lo he prometido a los fieles; mas nunca lo he encontrado. ¿Cómo podría predicarlo hoy?

Mi vida ha sido la de Sísifo, una vida de esfuerzos continuos y siempre recomenzados; ha sido una serie «de derrotas estratégicas» y una especie de apagamiento lento y doloroso, como bajo de una maldición inexplicable; —que eso dice Lutero que es el pecado de Adán, que todos heredamos.

La suerte ha sido perfectamente implacable; y cada una de las satisfacciones o alegrías parciales que me ha dado (nunca sin mezcla de dolor) no ha sido sino una carnada para hacerme caer en un dolor más vasto, en una decepción más total.

He perdido toda confianza en la «Iglesia», en lo que se entiende por Iglesia, que yo llamo «Inglesia»: me aparece como un mecanismo burocrático muerto, que ya no contiene más ni amor ni misericordia. No quiero disculparme de este afecto, que para Ud. será condenable, sino solamente constatarlo: no olvide que he sido objeto de parte de ella de una especie de tentativa de homicidio:

6. Os doy el gozo.

como si dijéramos, de un proceso de la Santa Inquisición que casi termina muy mal para mí. Gracias a Dios que salí de él.

Pero la Iglesia, de la cual fui apologista (en mi juventud escribí un ensayo en defensa de la Inquisición, Dios mío) cambió ahora de faz. Sus ceremonias de dejan indiferente. Sus empresas políticas me parecen vanas. Su pretensión de «salvar las almas» ha fallado en mí. La misa me la han vuelto odiosa, haciéndola el útil de un «chantage» monstruoso: con mi antiguo amor a la misa, pretendieron torturarme y darme la muerte, con lo cual se disipó mi amor a la misa. La comunión no obra nada en mí. Rezo mecánicamente el Breviario. Los clérigos me repelen: los veo instalados en sus prebendas, en sus oficinas y en su «seguridad», desolidarizados del dolor humano, funcionarios de una empresa. No; no puedo ver al Espíritu de Dios en la Iglesia, no veo ya lo «divino» en ella.

Ayer un amigo me refirió que Mlle. y Spah. andan diciendo: «El Nuncio desea arreglar el asunto de Marianito. Dentro de poco se llegará a un arreglo». ¿Qué arreglo? Renuncio desde ya al arreglo de ellos. Que no traten, por favor, de «arreglarme». Ya estoy bastante arreglado. ¿Qué podrían hacer? ¿Darme permiso para decir misa? No tengo fuerzas ya para decir misa, mi falta de salud me lo impediría. Gracias que puedo oírla los domingos.

Y sin embargo, debe quedar fe en mí: fe en Dios, se comprende. Persiste una voluntad de no hacer daño a nadie; y aunque sea por debilidad sin virtud, no quebranto los mandamientos. Aguanto todo y aguanto a todos. Dejo caer en una indiferencia triste la venganza de los agravios. Tengo un firme y seco deseo de ganarme la vida y de morir de pie. Arranco como puedo todos los brotes de maldad y

perversidad que suscita de suyo este aire de odio y de muerte (la maldad es contagiosa). No blasfemo.

¿Por qué no se han cumplido en mí las promesas de Cristo? La única respuesta que se me ofrece es que Cristo prometió también que vendría una tribulación como no se ha visto desde el diluvio acá. Es posible que en ese tiempo ignorado que llamamos «la Parusía» esa promesa suspenda todas las otras; pues no se ve cómo podrían cumplirse juntas. Eso vendría a decir que las promesas se engloban para mí en la vida futura: en el milenio, si tal cosa existe; o más allá de ello. Otra explicación no me es asequible.

Esas explicaciones de los santulones: «¿Y sabe Ud. si ha dejado perfectamente todas las cosas, también con el corazón y el ánimo? ¿Y sabe Ud. si las promesas de Cristo no se habrán cumplido en Ud. invisiblemente?», etcétera, no llegan a mí ni tocan mi interno sentir y convicción inmediata. Si Dios no quería ser entendido, podía haberse ahorrado de hablar; y si quería ser entendido, debió hablar con palabras de hombre. Dios habló con palabras de hombre; y estos santulones pretenden producir desde el fondo de su incomprensión y vaciedad palabras de dioses; hablan como si ellos fuesen Dios, dicen: «¡fiat lux!» —dicen: «¡levántate y anda!» —dicen: «¡Lázaro, sal fuera!» —Y ni se hace la luz, ni Lázaro resucita, ni se levantan los tullidos. La única figura que existe todavía detrás del instinto ciego que mueve mi conducta honesta, es la vaga figuración que Dios anda «figurando» algo, anda haciendo conmigo una «figura», «a pattern», una figura que Él sabe y yo no sé, como el barro trabajado ignora la forma terminal en que irá a parar y que está en la mente del alfarero. La única norma segura que

hay en mí es que deseo no hacer daño a nadie y morir de pie.

Y cuanto antes.

18

Al día siguiente, 24-XI-51, hay en mi diario esta única anotación:

En realidad el único ciento por uno que yo quiero es Cristo mismo. ¿Entonces? Todo esto sobra. Es tentación.

En espera de su grata respuesta, soy suyo affmo.

Marianillo de Birlibirloque

19

CARTA III

**DEL EXCMO. SR. ARCHISINAGOGO
A MARIANILLO DE BIRLIBIRLOQUE, PH.D.**

Amado hijo en el Santísimo Corazón de Cristo N. Señor:

Se ha recibido en esta Curia Archimediaticada su carta del 21-11-51 y además una carta a su R.P.Confesor, P. M. Gonar, que el Superior de su casa abrió, como es razón; y consideró conveniente

en el Señor enviarla aquí para nuestro conocimiento y dirección.

Veo, querido hijo en Cristo, que ha perdido Ud. la fe o poco menos. Los teólogos de la Curia, a cuya ciencia y discreción me confío, opinan que esa carta es por lo menos «*suspecta haeresi*», si no herética; y que puede Ud. hacer mucho daño.

En consecuencia, y después de consultarlo con el Santísimo Sacramento, creo de mi deber para bien de su alma, desnombrarlo de su cargo de Capellán del Asilo de Sacerdotes y enviarlo a su convento Trépani para que descanse allí, y después de hacer ejercicios espirituales, encuentre la paz de su alma.

La cual le envío en el Señor al mismo tiempo que mi bendición pastoral.

Firmado

Hay un sello

20

CARTA IV

DEL CANCELLER GENERAL DE LA CURIA ARCHIMEDIATIZADA AL R. P. MARIANILLO EXSINAGOGIS

En Xto. R. Padre:

Nuestro Santísimo Pastor y Padre ha tenido informes ciertos que su R. no ha hecho el mes de

ejercicios espirituales que benignamente le había aconsejado para su mayor bien espiritual, alegando falta de salud; y que por la misma razón no oye misa ni comulga sino una vez por semana.

Respetando las razones que para eso pueda Ud. tener, parece que esa conducta anómala produce cierta perturbación y comentarios en la Comunidad a que pertenece, desordenando la vida común, que como Ud. sabe es el gran resorte de la perfección (como enseña el P. Rodríguez y otros autores ascéticos) y del todo necesaria para la disciplina religiosa.

En consecuencia, nuestro Amantísimo Pastor y Padre, ha resuelto trasladarlo a la Estación Provisional de la isla Martín García, donde estará Ud. a sus anchas para hacer lo que le parezca y no disturbará a nadie, con lo cual esperamos un rápido alivio para su salud, y su reintegración al trabajo apostólico.

En unión de oraciones con V.R.

Speranzini
Canónigo Canciller

21

CARTA V

DEL CANÓNIGO CANCELLER A MARIANILLO EXSINAGOGIS

Sin respuesta a mi anterior, hemos sabido por informes ciertos, que no se ha hecho presente Ud. a la Estación Provisional de Martín García, donde

estaba destinado por la Santa Obediencia, y donde le hacíamos ya hace una semana.

Al contrario, sabemos que mora en esa ciudad en casa de un señor Pagani o Pagano. Ese señor milita o ha militado en el Partido Socialista.

En consecuencia retransmito por carta colacionada (por si no ha recibido mi anterior) el deseo y consejo de nuestro Amantísimo Pastor y Padre, el cual desea que Ud. se tome todo el tiempo que exijan sus quebrantadas fuerzas, pero que no se demore en lo posible en ambientes profanos, dado el bien que le va a hacer el santo reposo de la clausura religiosa; que como Ud. sabe es ley Papal que nosotros no podemos dispensar.

Adjunto a ésta un billete de 1a. clase para la Isla Martín García, que se ha dignado pagar de su bolsillo nuestro Amantísimo Pastor y Padre.

En unión de oraciones, soy de Ud. en Cristo

Speranzini
Canónigo Canciller

P.D. En vista de su estado de salud, y que no se halla Ud. todavía dentro de los sacros recintos de la clausura religiosa, donde será tratado Ud. con exquisita caridad, Nuestro Padre ha estimado su deber prorrogar por un año la prohibición de decir misa, exhortándolo sin embargo a oírla cada día y a recibir cotidianamente el Santísimo Cuerpo de Nuestro Señor; lo cual es conveniente incluso para la disciplina y buen orden del horario del día.

Esto, sólo como consejo y exhortación, por supuesto.

22

CARTA VI

DEL MISMO AL MISMO

Hemos recibido en su nombre la visita del Sr. Don Antonio Filippi, doctor en Medicina, que se profesa amigo suyo: y hemos sabido por él que no mora Ud. sino en casa de una hermana suya, adonde ha llevado su necesidad de cuidarse, dado que ha sufrido un amago de ataque cerebral; y que ese Sr. Pagani es cuñado suyo. El Dr. Filippi nos ha devuelto también el billete de 1a. clase a Martín García.

Mucho deploramos esa prueba que el Señor le envía y rogamos a su Infinita Misericordia le dé fuerzas para portarse en ella como hijo fiel y edificante de la Santa Madre Iglesia. Mas como Ud. sabe la Iglesia es una milicia, como dice la Escritura, *terribilis ut castrorum acies ordinata*⁷ y en ella es esencial el mantenimiento total de la disciplina, sin la cual no hay victoria en las luchas del espíritu. Como amigo suyo y condiscípulo le digo: «¡Ánimo, hombre! ¡Somos varones y no mujeres! ¡Hagámonos dignos de la fama inmarcesible de nuestro Santo Fundador!»

Perdóneme Ud. este desahogo personal, pero veo que sus últimas cartas están llenas de lamentaciones y blanduras femeniles, que no condicen con la fama de nuestro gran Mariano, que todos tanto apreciamos y amamos en el Señor, y del cual tanto esperamos para la gloria de Dios.

7. Terrible como escuadrón ordenado en batalla.

Me es desabrido comunicarle que, constando suficientemente de su voluntad de no hacerse presente en la Estación de Martín García, la cual según el Código Iuris Canónico configura el estado de *fugitivus cum animo non redeundi* (canon 342), nuestro Amantísimo Pastor y Padre debe notificarle que ha incurrido Ud. en una nueva suspensión *a sacris et divinis* por tiempo indefinido al arbitrio de nuestro Amantísimo Pastor y Padre.

En unión de oraciones

Speranzini
Canónigo Canciller

23

CARTA VII

DEL MISMO AL MISMO

Sin noticias mayores tuyas, al menos directas, me ha venido a la mente escribirle para desearle felices fiestas de Navidad y Año Nuevo, y para obtener noticias directas, si le es posible, de cómo anda su preciosa salud.

Sabemos por su amigo el Dr. Filippi que está escribiendo Ud. en sus ratos libres una voluminosa obra sobre la Iglesia (¡dichoso Ud. que puede hacerlo!), lo cual nos ha alegrado pues significa que no está Ud. tan mal de achaques corporales, que son una gran prueba de Dios Nuestro Señor, como se corrió y creíamos. ¡Loado sea Dios! ¡Mis congratulaciones!

Nuestro Amantísimo Pastor y Padre ha manifestado su deseo de echar una ojeada a esos papeles sobre un tema tan interesante. Ya sabe Ud.

cómo aprecia S.E. su estilo de Ud. y cuánta admiración abriga por Ud. como escritor. No importa que estén incompletos y en borrador todavía. Se los conservamos a Ud. religiosamente. Mándelos Ud. sin demora y sin vacilar, que yo salgo garante de ellos; y si Ud. lo desea, le haré sacar una copia.

Caro Mariano, no sabes tú (y aquí habla de nuevo tu amigo y condiscípulo) cuánta nostalgia siento de aquellos felices años del Seminario, en que se ligó nuestra indestructible amistad. ¡Años felices y llenos de dulzuras celestes! Ahora ando con tanto trabajo, no te imaginas cuántas preocupaciones trae el Apostolado. Mas ¿qué hemos de hacerle? El mundo anda mal, y espera su salvación de nosotros, siendo la Iglesia la única áncora de salvación. ¡Millones de almas tienden sus brazos hacia nosotros, he ahí un pensamiento que me conmueve y me ha conmovido siempre!

Por eso te he exhortado siempre a que permanezcas firme en la fe, y a que inclines tu aureolada cabeza con sumisión a la santa obediencia de tus Superiores y Prelados, que tanto te aman y desean tu bien de todas veras. *¡Vir oboediens loquetur victorias!*⁸ Y no creas que hay en mí en esto el menor interés. ¿Qué puedo esperar de ti, si no es la salvación de tu alma? Veo que estás en aguas peligrosas, que quizás presumes de tus fuerzas, que has abandonado la sagrada arma de la oración, la espada de dos filos que llega hasta la división del alma y del espíritu. Te aviso seriamente que no puedes continuar por el camino que llevas. ¿Qué ganarías con promover un gran escándalo? La Iglesia, ya lo sabes por la Historia, es invulnerable a todos los escándalos; y las puertas del infierno no

8. "El hombre obediente cantará victoria" (*Prov. 21:28*, Vg).

prevalecerán contra ella. Dicen que has recibido la visita de un director de diario, y que te habrías dejado llevar a ciertas manifestaciones desagradables. No nos consta y no lo creemos de ti. Pero te aviso simplemente lo que se dice; de lo cual es menester hacer mucho caso.

No te fíes de esa gente; échate de cabeza en el seno caritativo y piadoso de tus buenos Superiores y Prelados, entre los que indignamente me cuento.

En unión de oraciones

Speranzini
Canónigo Canciller

24

CARTA VIII

DEL MISMO AL MISMO

Sin noticias tuyas, me es deberoso adjuntarle a ésta un decreto del Superior General de nuestra Orden, firmada por él y su Consejo Estratégico Mayor, por dispensa especial obtenida de Nuestro Santísimo Padre el Papa, gloriosamente reinante, por la cual *queda expulsado* de la Gloriosa Orden Jeromiana —a que perteneció estos últimos 30 años.

Los fundamentos del decreto, como Ud. verá, son las desobediencias continuas, graves, contumaces y prolongadas durante muchos años, de las que se ha hecho reo, a pesar de nuestras caritativas admoniciones y de haberse extremado con Ud. todos los recursos y finuras de la caridad. Se ha pedido

dispensa a la Santa Sede del proceso acostumbrado en estos casos, por juzgarse que había *periculum in mora* y que el tal proceso podía ocasionar graves daños espirituales en nuestra Comunidad; dispensa que ha concedido nuestro Santísimo Padre el Papa gloriosamente reinante, dada la información exhaustiva que le hemos proporcionado; y del hecho que los cargos quedan sobradamente probados por nosotros, sin necesidad de descargo alguno por parte del acusado.

No puedes negar que, por ejemplo, te has sustraído al necesario control de la obediencia, respecto al libro que estás escribiendo y que yo te pedí cariñosa y cortésmente, por indicación de nuestro Amantísimo Pastor y Padre, que deseaba leerlo. El libro no llegó aquí a pesar de todas las seguridades que te dimos. Las pocas páginas borroneadas de la «Introducción» que llegaron parecieron a nuestros buenos Superiores más bien una burla que otra cosa. He aquí pues una desobediencia grave netamente configurada, que abona todas las otras. No te obstines en mandar más certificados médicos o papeles firmados por amigos tuyos, pues de sobra ves que eso no tiene validez alguna; e incluso podría dañarte a la salud -si es verdad que la tienes tan floja.

Te envió doscientos pesos (giro postal) que saco de mi bolsillo para tus primeros gastos de instalación. Ánimo y confianza en Dios, al cual te exhorto a volver. No dudo que con el talento fenomenal que tienes y los muchos amigos que te acompañan, podrás arreglarte perfectamente (y quizá, mejor que yo) en la lucha por la vida, aunque no has salido de la Orden muy joven ni muy sano. La Orden tiene sus imperiosas obligaciones para con Dios y las almas de los fieles, y es sabido (tú mismo lo has escrito)

que el bien común (que es el que tienen siempre ante los ojos nuestros celosos superiores) prima sobre el bien de un particular.

Quisiera mantener contigo correspondencia, porque me intereso muchísimo por la salud de tu alma. Te ruego pues rompas tu obstinado silencio y me contestes a ésta. Por lo demás, tienes el deber de devolverme la copia del decreto que te adjunto, con la conformidad debidamente firmada. En caso contrario, sabes que debemos hacer un acta con testigos *in absentia*; lo cual es engorroso para nosotros y a ti puede traerte nuevos inconvenientes.

En unión de oraciones

Speranzini
Canónigo Canciller

25

CARTA IX

DEL MISMO AL MISMO

Sin respuesta ninguna a la mía del 12-XII-51.

Habiéndose publicado el libro *Cristo y los Fariseos* por un editor de esta capital, no muy ortodoxo que digamos, y contando que es su autor el Pbro. Mariano Exsinagogis, ex-religioso jeromiano, y que no ha obtenido de esta Curia el correspondiente *Imprimatur*, deber de todo sacerdote que escribe...

Intimamos al dicho Presbítero de nuestra jurisdicción su presentación a esta Curia en el término de 4 días, so pena en caso de desobediencia de excomunión mayor *latae sententiae*, sin perjuicio de

otras penas mayores en caso de obstinación y pertinacia.

En el nombre de Cristo Nuestro Salvador y Señor e implorando de sus entrañas de misericordia las fuerzas y luz que tanto necesita el dicho Presbítero, le comunicamos que nuestro Amantísimo Padre y Pastor se digna impartirle su paternal bendición por carta colacionada.

En unión de oraciones

Speranzini
Canónigo Canciller

26

Esta carta la encontramos cerrada en el escritorio de Marianito con la siguiente inscripción:

VUELVA AL REMITENTE
DESTINATARIO AUSENTE POR DEFUNCIÓN

cruzada sobre el sobrecito en letras a máquina. Reproducimos el dicho sobre:

CERTIF.	AUSENTE POR DEFUNCIÓN
Sr. Pbro. Mariano Exsinagogis Calle Mayor, nº 513 Capital	VUELVA AL REMITENTE

Este sobrecito último fue hallado en la caja de papeles que me dejó Marianito; de modo que no sé en realidad si él mismo lo cruzó antes de sufrir su 2º y último ataque; o si lo cruzó el vasco bestia de Urrigoyen el portero, que tomaba a veces esas iniciativas. Lo positivo es que el sobre *no volvió al remitente*, de modo que éste ignora aún la muerte de mi amigo, pues de hecho Urrigoyen recibió otros dos «exhortos» a presentarse a la Curia Archimediatizada, los cuales abrió, leyó y tiró al fuego; con muy buen sentido, por cierto.

También le llegó al vasco una carta devuelta de mi amigo a una religiosa carmelita de Salta; debió de ser escrita ya en estado de invalidez mental pródromo del ataque, pues mi amigo erró la dirección y puso en el sobre «Galicia» en vez de «Salta» —como trae la carta adentro. Está escrita en caligrafía espantosa, o con la zurda, o con la derecha temblona como de 90 años. Fiel a mi imperativo de fidelidad absoluta, reproduzco aquí esa carta rara, librándola a la discreción e indulgencia del lector:

Buenos Aires, 20 XII 1951

Hna. Inés de la Eucaristía - SALTA

Estimada Hna. Inés:

Recibí su amable carta del 27 pasado, con el recordario de su profesión religiosa. Le agradezco mucho sus oraciones y promesas de oraciones, que realmente necesito.

Me acuerdo sin tristeza del día de mi profesión religiosa, con cuánto fervor y sinceridad la hice —sinceridad que no retracté nunca; y resulta un poco risueño (bien mirado) que ahora esté echado de la Compañía Jeromiana— puesto al margen del Sacerdocio, del cual me quitan el ejercicio dejándome

sólo las cargas— y juzgado y condenado por la mayoría de los clérigos, sobre todo los Magnates: como cura «rebelde» por unos, «comunista» por otros, «extraviado» por otros, etc., y otras cositas menos burdas, pero para mí más dolorosas.

La cuestión es que cumplo los votos ahora con mucha más estrictez que en el convento, sin duda alguna. No cabe duda acerca de la Pobreza efectiva y real; podría haber duda en cuanto a la Obediencia, puesto que no tengo superiores; pero en realidad a mí me parece que obedezco «a toda humana criatura», (incluso a mis sobrinitas) a la manera pasiva del que no puede nada; y por tanto, mucho menos resistir a la voluntad de nadie —como Cristo en el Monte Calvario— excepto a la de Dios, que es la más débil de todas, ya que es tan delicada que no fuerza jamás la nuestra, y la resistimos con toda facilidad.

Permítame que dude de lo que me dice «que me comprende», porque tengo experiencia que soy muy difícil de comprender. Y en realidad todo hombre es incomprensible al prójimo en su interioridad, que es incomunicable; de tal modo que cada uno tiene una especie de secreto que se lleva al otro mundo intacto. Eso no lo saben los que viven en la exterioridad, que creen que todo se puede comunicar o explicar con palabras; y es cómico cómo juzgan al prójimo y fabrican etiquetas con que clasifican a las personas, creyendo *saberlas*. Por eso yo rehuyo ahora o trato de rehuir el hablar de «MI ASUNTO» (como lo llama la gente) aun con los mejores amigos, que no tengo muchos tampoco; puesto que veo por experiencia cuánta confusión y malentendido se produce; e incluso cómo miento yo al dar esta o estotra explicación somera —que es siempre insuficiente, y por tanto es entendida en una forma

falsa. El propio interior no se puede expresar nunca directamente. Los religiosos contemplativos lo saben, puesto que se encierran para tratar de sí mismos con Dios —lo cual es una «bobería», según la opinión de mi sobrinita Puchy, que está aquí a mi lado leyendo su carta—, y también según el filósofo Kirkegor.

Dejar de pensar yo en mis asuntos, eso no puedo; porque eso es mi vida interior; y están conectados con la pasión infinita de la fe, que es la que constituye religioso al hombre; es decir, con la interrogación infinitamente apasionada de si Jesucristo existió o no, de si fue Dios o no. *La fe es una infinita pasión acerca de la realidad de Dios.* Así que pienso en MI ASUNTO, algunos días serenamente, como hoy; otros días tormentosamente, en los cuales se me aparece la Iglesia actual como invadida y empapada de fariseísmo, mundanidad e inmisericordia; de modo que la interrogación se convierte en: ¿cómo puede esta sociedad estar informada por el Espíritu Santo?, y ¿cómo puede haber sido fundada por Dios? Es claro que esto es tentación; pero las tentaciones forman parte también de la vida espiritual. Y esta tentación no puede ser sacudida y echada a un lado como una tentación deshonesta.

La única manera de echarla ahora para mí es este pensamiento: «SI REALMENTE la Iglesia está tan mal como yo la veo, entonces está próxima la segunda Venida de Cristo». Ésta es una condicional, naturalmente —«Si está como yo la veo»— puesto que es posible que yo vea las cosas más negras de lo que son. Pero realmente, lo que uno ve, eso ve; y no puede ver con los ojos de otro, sino con los propios.

Hoy me levanté muy sereno y con la resolución de dar la razón a los otros y verme a mí como ellos me ven, culpable, rebelde, ingobernable, difícil, insoportable, etc.. Y realmente, se puede decir mucho en favor de ellos y verse a uno mismo bastante feo; pero llega un límite el cual no se puede pasar y hay que detenerse y decir: «Bueno, realmente aquí yo no puedo mentirme a mí mismo. Esto no fue así. Aquí faltó caridad, aquí faltó rectitud, no de parte mía...» Por ejemplo, si a mí me dicen que soy pecador, yo tengo que reconocer que soy pecador; pero si pasando adelante, me acusan de tal pecado particular (por ejemplo, el asesinato de Mussolini) que yo no he hecho, no puedo reconocerlo, so pena de volverme loco; y lo que es peor, pecar contra la verdad.

Todo esto le parecerá a Ud. bien complicado; y lo es. Lo que hay de cierto es que Dios hace con nosotros las figuras que quiere, como el alfarero, cacharros; y que el cacharro, mientras está siendo trabajado, no sabe ni puede ver lo que están haciendo con él, y menos la idea terminal del artista. Yo veo eso muy claramente leyendo a Kirkegor (Soeren Kierkegaard), que es un filósofo y místico danés, que estoy estudiando, y lo he puesto en mi corazón casi tan alto como a la madre Teresa. Tuvo una vida de lo más enigmática; para él absolutamente oscura —y sin embargo ahora se ve qué es lo que hacía Dios con él, y qué tremendo mensaje fabricó la Sabiduría con su alma y sus escritos para las almas contemporáneas. El vivió, como dirían Uds., toda su vida en NOCHE OSCURA; y teniendo un inmenso amor de Dios, un volcán de amor de Dios, no podía verlo, directamente al menos; aunque indirectamente, bien se reflejaba él en algunos trozos de cristal, vidrios de ventanas o planchas de acero —por decirlo así. Por ejemplo, la filosofía de Hegel era una plancha

blindada de acero, la filosofía del ateísmo y de la confusión mayor que se ha producido en el Universo; y el alma de Kirkegor (su «existencia», como dice él) la fundió y la deshizo como un soplete oxídrico (oxhídrico). Comparar a Kirkegor y Hegel con David y Goliat es poco; y sin embargo el David jorobado venció al Goliat. Lo que quiero decir es que Kirkegor, un jorobadito, un pobre escritor —no leído—, la mofa de Copenhague, un místico que iba al café y al teatro —un genio—, no sabía la figura que Dios estaba haciendo con él por medio de sus dificultades, de sus negras melancolías, de sus penas interiores casi infinitas, de sus renunciaciones tan crueles como el infierno. Si se hubiera encontrado con San Juan de la Cruz (su hermano mayor), hubiera sido otra cosa; pero no estaba San Juan de la Cruz en la Iglesia Danesa Luterana, de la cual era pastor-rechazado y excomulgado por los pastores. No sabía la figura que Dios estaba haciendo con él —hablando así en general—; porque es evidente que algo se ve, aunque sea negativamente, y como relámpagos fugaces. De repente se siente algo grande e inconmensurable; como evidentemente lo sentía él al poner punto final a sus extraños y soberanos libros— y al tiempo de escribir el poderoso volumen que estoy leyendo ahora, que tiene el extraño título de *Posdata no Científica a Mis 'Nonadas Filosóficas'*; el cual es otro libro anterior. Este otro librito, que es muy corto, es una pura maravilla. Se ha arreglado Kirkegor para juntar en 200 paginitas 1º una parábola acerca de la Encarnación del Verbo; 2º la posición filosófica del problema de la fe sobrenatural; y 3º un libro humorístico contra la filosofía hegeliana atea, lleno de saña, ingenio y humor... En suma, Dios juntó en este hombre los dones más excelsos de la inteligencia con las desgracias terrenales más grandes que se puedan imaginar; y el resultado fue una especie de bólido inflamado que cayó del cielo con una palabra

de Dios contra el ateísmo contemporáneo. Verdad es que el ateísmo contemporáneo ha digerido a Kirkegor y ha seguido adelante, —empeorado—; pero no aquéllos que en los designios de Dios se han de salvar, para los cuales él vino; —y uno de los cuales soy yo, según esperamos.

Ud. dirá: ¿qué me interesa todo esto a mí? No, no lo dirá, porque es tan buena que aun esto le interesa.

Saludos a las hermanitas. Suyo en Xto. Jesús.

Marianillo Birlibirloque

P.D. Escrita esta carta veo que debería escribir una «contracarta» diciendo todo lo contrario. Porque, como siempre que hablo de mí mismo, no es verdad, como le apuntaba más arriba.

Por ejemplo, al lado del 3er. párrafo habría que poner una nota como ésta:

«Te haces demasiado santito. ¿Cumples los votos? Por fuerza. Por impotencia. Si tuvieras dinero, veríamos lo que hacías.»

Firmado: La Voz de la Conciencia.

Y así sucesivamente al lado de los demás párrafos:

«Las tentaciones no hay que contarlas a nadie...»

«Eso que dices de la Iglesia es una temeridad...»

«No sabes seguro si Kirkegor fue un místico en noche oscura. Muchos lo tienen simplemente por un neurótico...»

Y finalmente:

« Todo esto es charla inútil y fanfarronería. Sabes bien cuál es tu situación e intentas disimulártela en vano. Achacoso y valetudinario, ya casi no puedes ganarte la vida y tienes en contra tuya de manera irremediable a la Santa Madre Iglesia, que tiene la

mano larga y la lengua también, y es todavía 'el poder más formidable que existe. Y en vez de callarte prudentemente la boca, para que te tengan lástima, todavía inventas teorías, escribes libros, irritas al ciervo —y al asno— y ¡te comparas con los santos!...

27

Toda tu carta es una «excusa» ¿verdad? Ahora bien, el que se excusa se acusa. El que se excusa o defiende no tiene conciencia de su Culpabilidad Total; y el que no tiene conciencia de su Culpabilidad Total no es un adulto, es un niño, se excusa puerilmente como los niños y como Adán y Eva, para hacer reír a la Serpiente. Todo hombre acusado de cualquier cosa, aunque no la haya hecho, si dice: «¡Soy inocente!» en realidad se manifiesta culpable, por lo menos de inconsciencia. Justamente para volverse inocente es menester callarse cuando nos juzgan y condenan —nunca injustamente del todo.

— Pero ¿eso no es volverse loco, perder el sentido moral, no decir la verdad y sobre todo, lo que es más grave, hacer inútil todo el Derecho y los maravillosos tinglados jurídicos y judiciales que han inventado los doctos y los éticos para averiguar con toda certeza quién es inocente y quién no lo es? ¿Te atreverías a decir delante de un juez que tú has matado a Mussolini?

— Eso es otra cosa: yo no hablo aquí de decir la verdad (lo cual siempre se ha de hacer), sino de excusarse, defenderse o proclamar su inocencia. En

el caso que dices, acusado de lo que no has hecho ante un juez honesto, legal, que desea saber la verdad y que a tí te cree, deberías decir: «Yo, señor Usía, soy un asesino; pero *as a matter of fact*⁹, yo no he asesinado a Mussolini, al menos que yo sepa. He hecho otros asesinatos, que no tengo la menor obligación de contarle a Usía (¡pruébelos si puede!) o por lo menos he podido hacerlos; pero lo que quiero decir es que soy asesino de nacimiento. Mas en eso del asesinato del Dongo, le aseguro que no tengo nada que ver, anoser que lo haya hecho en sonámbulo sin saberlo».

Ésa es la respuesta correcta de un hombre adulto; al cual le está prohibido decir: «¡Soy inocente!» Si la hubieses hecho cuando te acusaron de haber seducido a una doncellita por medio del confesionario (o lo que sea que te achacaron), te hubiese ahorrado infinitos líos, amarguras e incluso pecados. Pero tú decías que eras inocente y *aínda mais* querías casi presentarte como un santito. Ése fue tu error, y (perdóname que te lo diga) tu pecado, tu Culpabilidad Total; porque en esta materia todo error es también un pecado. Si hubieses dicho: «Señores, yo soy un hombre totalmente culpable» y después el silencio absoluto a todas las acusaciones particulares, los que te acusaban no eran místicos, pero en fin, creo que te hubiesen largado —largado por baranda—, hasta por cansancio incluso. Pero tú decías: «Yo soy un santo»; y no hay cosa que irrite más a los que se tienen por santos. En puridad, no dijiste que eras un santo; pero lo mezclabas todo, lo santo, lo místico, lo jurídico y lo farisaico. Así hiciste el estropicio. Bueno, paciencia. Que no se te ocurra más, como

9. De hecho

en esta fanfarrona carta a una inocente muchacha, olvidarte de tu «Culpabilidad Total».

Firmado: La Voz de la Conciencia

28

Este manuscrito así tal cual está en el baulito que me mandó de Montevideo la Gretchen; pero yo lo había leído en vida de Marianillo, que me lo prestó a mis ruegos. Me dijo no lo terminó porque «no le salió», se había equivocado de idea. Su intento fue responder a la dificultad de Kirkegor el filósofo danés, de que no se podía probar la divinidad de la Iglesia mirando a ella misma; que en realidad procede de Lutero. Lutero veía al Papa como al Anticristo, no podía ver como muy bonita la Iglesia «papista»; ni Iglesia alguna, pues reponía la justificación del cristianismo en la Sagrada Escritura. Kirkegor abandonó esta objeción a poco andar hacia el año 1840.

Pregunté a Marianito si la carta feroz «a su confesor» la había escrito en Manresa —o en Génova. Me dijo la había inventado aquí, tratando de reconstruir su estado de ánimo de «apóstata» en Génova 1946, para reforzar al máximo antes de responderla, la objeción del Pastor Van Mooren.

Creo que en este folleto, que venía a la cabeza de los «Papeles» está la respuesta a la objeción «Moro», aunque disfrazada y alambicada.

Voy a contar seguidas las historias del singular par Marianillo de Birlibirloque y Bárbara Mooren;

porque si publico los papeles, aunque sea en orden no los van a interpretar ni en tres semanas, que fue lo que me costó a mí.

29

Mariano le cambió el nombre a la «Mora» porque el de «Gretchen» no lo aprendía nadie ni aquí ni en Montevideo. Ella se entusiasmó porque le contó la historia de Santa Bárbara, Virgen y Mártir, que fue una muchacha huérfana del patriciado romano mandada degollar por Diocleciano por confesar a Cristo; y al caer delante de la estatua de Jove, cayó un rayo que incineró a tres de los verdugos y los demás huyeron; por lo cual Santa Bárbara es patrona contra las tormentas y de la artillería; que si es para arruinarles los cañones a los artilleros está bien, pero si es para fomentarlos, está mal. La nueva Bárbara hizo imprimir unos tarjetones para anotar su nuevo nombre y puso allí este romance:

Santa Bárbara bendita
Que en el cielo estás escrita
Con pincel y agua bendita
Que no se rompa mi vidrio
Y por tu muerte y martirio
Resguárdanos del delirio
Destos truenos retumbantes,
Que nos dejen igual que antes
Tan secos y tan campantes...

que mi amigo le dijo cantaban los chiquillos de Castilla cuando había tormenta.

30

La Bárbara decía que el cura le había salvado la vida delante la estancia Los Álamos y el Mariano decía ella le había salvado la vida en el Hospital Fernández. Era enfermera del Fernández cuando el cuitado cayó allí en peligro de muerte, o al menos él así lo creyó, con tres cirugías en la boca y garganta. Estudió de enfermera en Montevideo y se vino a Buenos Aires por dolorosas diferencias con su madre la divorciada; porque el Pastor Moro la desheredó a la otra y dejó heredera de sus pocos bienes a su hija. Que le haya salvado la vida en el Fernández no es imposible, porque se puso a cuidarlo con una solicitud y abnegación de que no hay idea; e impidió le hicieran otra operación. Ahora, de qué modo le habría salvado antes él la vida a ella, eso no lo he averiguado todavía.

Se fue a vivir en la casona donde se alojaba el cura exsinagogo en Flores, donde había lugar no para dos sino para diez personas. Era más vieja que él y tendría entonces hacia unos cincuenta. No se casó porque tenía contra los varones una vaga aprensión y no era hermosa tampoco. Tampoco fea sino lo que los ingleses llaman «cara llana», *plain woman*. Tenía una cabellera rubia, ojos azules, frente despejada, boca grande y fina y barbilla o mejor quijada cuadrada y recia. También era demasiado inteligente y sabía demasiado para atraer festejantes; pues es sabido que esas dos cosas ahuyentan; de modo que si una muchacha quiere casarse y sabe mucho, lo mejor es que lo oculte. Su padre le hizo aprender cinco idiomas, los que él sabía. En su casa

aprendió naturalmente sin esfuerzo dos dellos, alemán y holandés —si es que éste es idioma. Su padre tenía una biblioteca bastante nutrida, que ella hizo venir de Montevideo cuando se instaló en la casona, dejando la pensión de la Viuda Benítez, donde había vivido hasta entonces —varios años. Ella decía con razón que tenía más libros de los que podía leer en los años que le quedaban.

De repente hizo la determinación, como quien hace un voto de religión, de dedicarse a cuidar al clérigo delgado y enfermizo, tan maltratado por la vida —y los suyos. Eufrasio el jardinero me dijo un día: «Lo quiere, por supuesto que lo quiere. Lo quiere con el único querer desinteresado que existe en el mundo». Quería decir, el amor materno. La verdad es que Marianito, con toda su ciencia y su malicia, era un niño en el fondo.

31

La Bárbara era gruñona, lo cual comprendía dos cosas: rezongona y tolérica; pero no continuamente sino por ataques, que yo llamaba «pataletas»; las cuales fueron disminuyendo hasta casi desaparecer ante la actitud de Marianito, que era quedarse mudo como un surubí, lo cual yo también aprendí; porque si uno contestaba aunque fuera mansamente le venía tal flujo de razones disparatadas, y mentiras a veces, que no era más que prolongar y empeorar el chubasco. Pues nunca pasaba de un chubasco, (en el cual amenazaba irse de allí para siempre) y a la

misma tarde, y a lo más en la otra mañana, se calmaba y venía muy mansa a pedir disculpa. Pero de esto habré de hablar más adelante.

Uno destes chubascos tuvo por argumento el sobrenombre de Marianito Exsinagogis, por qué diablos yo había cambiado su nombre legítimo de Mario Dufour Ibáñez. Yo la dejé tempear un rato y luego le dije muy suave que el mismo interesado o víctima había gustado del nuevo nombre a causa de su significado; y cuando escribía a la Curia firmaba «Mariano» y no «Mario». Cuando se calmó le expliqué que Marianito era por su devoción a María Santísima y porque era pequeño; y Exsinagogis porque lo habían echado de la Sinagoga.

— ¿Qué sinagoga?

— La Iglesia Establecida, que Jesucristo llama «Sinagoga», tal como ella estará en los últimos tiempos.

— ¿Dónde está eso? Usté está inventando...

— En San Juan, en alguna parte hacia la mitad... cuando el Evangelista anota la gran persecución de los últimos tiempos...

— En Juan, capítulo 16 —dijo ella, que tenía gran memoria— al principio. Pero en la Biblia que yo uso no dice nada de «sinagoga». Dice *bann*: os desterrarán.

— A saber la Biblia que usará usté...

—La mejor, la de Lutero —dijo ella enfurruñada— no ese Lutero arreglado que usan ahora, sino el antiguo que el Reformador tradujo palabra por palabra.

—¿Qué me importa a mí de Lutero? La Vulgata Latina uso yo, traducción de San Jerónimo. Allí pone solamente dos caracteres de la feroz persecución, a saber: «*Absque synagogis facient vos*» y «el que os mate entonces, creará servir a Dios...»

persecución que los otros Evangelistas explanan muy largamente. «*Ex-synagogis facient vos*» o «*extra synagogas*» significa que los echarán de la Iglesia oficial, como han hecho con Marianito hace ya más de 6 años. ¿Puede él decir misa en Buenos Aires? ¿Puede predicar? ¿Puede confesar? ¿Puede ser párroco o capellán tan siquiera? Y sabe más que cualquier párroco. Y una vez un cura le negó la comunión, lo cual le dolió muchísimo.

—¿Y cómo sabe usted que ese lugar de San Juan se refiere a la última persecución? Mi padre decía que se refiere a todas las persecuciones.

— Se refiere a todas las persecuciones por extensión, pero su referencia propia es a la del Anticristo; como se ve por lo extremo de los términos que usa el Salvador; que tradujo San Jerónimo literalmente.

Ella quiso salir con la última palabra: latín no sabía.

—No los tradujo del griego Jerónimo el Dálmata, sino Águila el Romano: Jerónimo corrigió solamente.— Y con esto agarró y se fue.

Yo comencé a declamar a gritos una poesía que a ella, no sé por qué, le daba mucho fastidio:

Era un jardín sonriente,
Era una tranquila fuente
De cristal.

Y era a su borde asomada
Una rosa inmaculada
De un rosal.

Pero ya estaba fuera de alcance, en la cocina con la viuda Gulaz.

No me quería bien y yo nunca le hice nada. Me tiene rencor, quizás porque soy periodista. A mí no me importa, yo no la necesito.

Debe de haber sustraído algunos poemas de mi amigo. Escribió muchísimas poesías, yo leí unas seis en un descuido de él. No las publicaba ni las mostraba. Tres dellas aprendí de memoria y una: *El Papado*, la transcribí. Otra se llamaba *Dios*, y recuerdo el principio:

Dios, mi amarga pasión y único que me falta,
Dios, por el cual mis ojos se agotan cada día,
Fue quien, ladrón nocturno, saltó mi verja alta
Robando la esperanza que yo creía mía...

Siguen tres estrofas más, porque está hecha en forma de soneto, pero no de 11 sino de 14 sílabas; y con un verso añadido al 14, un «estrambote» que le dicen, en el cual se adjudica a sí mismo ¡la santidad! Debe de ser irónico, porque de no, sería lo más inmodestísimo y temerario que darse pueda.

32

Un solo encontronazo en toda la vida tuve con Marianito; porque esosí, discusiones mansas aunque sean vivas, ¿cuáles son los amigos que no las hayan tenido? Ella fue apropósito de Odila Henriette Marchand; digamos «mi novia».

Odillita, como la llamaba yo, era la hija de la posadera de la pensión donde yo estaba aposentado, una «viuda de guerra». Me enamoré como un colegial (por tercera vez) con un afiebramiento tal que andaba vendido a casarme cuanto antes; y ella peor. Me manifestó de sopetón y con brutalidad su

desconformo, una vez (la última) que vino a verme a la pensión; porque nos turnábamos nuestras casi diarias visitas y la *Rue de Grenelle*, donde él posaba, estaba muy cerca de la «*Pensión du Grand Bourg*». Me hirió grandemente cuando me dijo sin yo preguntarle nada que esa mujer no me convenía y que me iba a hacer desdichado.

Me puse por las nubes y le eché un responso con cosas agraviantes, creo; lo que ahora recuerdo es esto:

«Usted no entiende nada de esto y cree entender de todo: métase en lo que le importa. Usted es 'misógeno', o como se llame, y odia a las mujeres porque no puede tener ninguna, a causa dese anacrónico 'servilato' que la Iglesia Romana impone tiránicamente a sus sacerdotes —o sea que se hagan solterones: por eso me quiere hacer también solterón: es resentimiento y '*Lebensrache*', odio a la vida. Algún día va a caer usted también fulminado por una mujer, fea y vieja a lo mejor, y cuando ya esté viejo. Usted respete mis 'idiosincrasias' como yo respeto las suyas, si quiere que mantenga respeto y amistad; que no son 'idiosincrasias' sino mandatos del Destino.

No le hurgues al león
que anda *alreor* de la hembra
ni te metas con el hombre
que canta *ampié* de una reja...

Etcétera...»

Escuchó en silencio y muy pálido mi soflama (que debió ser peor, pero por el estilo), solamente sonrió cuando yo dije «misógeno» y «servilato». Me tendió la mano y se fue; yo me hice el que no la ví.

A la noche no dormí casi. En la cena la Odillita me habló y no seguí conversación. Al día siguiente tenía que buscarlo a la *Rue de Grenelle* para ir a la exposición Manet (de pintores impresionistas) al Luxemburgo, que queda cerca de su casa y no de la mía. No fui nada. Al tercer día, después de una noche bien dormida, fui a verlo y a proponerle ir a la exposición, y me dijo nones, que tenía que hacer. Le pedí me disculpara mi «exabrutico» de ayer, surgido porque él me tomó muy de sorpresa. Hizo un gesto que significaba o bien «poco importa», o bien «yo tuve la culpa» —es decir, él. Le pregunté de dónde había sacado su opinión sobre Odillita. Se mordió los labios, y tuve que rogarle dos veces más, asegurándole no me enojaría más. Al fin, dudando, tropezando y mascando las palabras me dijo más o menos:

«Creí notar en ella la común ligereza mujeril, pero más acentuada que el común de las mujeres. Pero lo grave en este caso es que ella la oculta en un palio de modestia, discreción y empacho —disimulo y aún fingimiento en el fondo. No es que yo alardée de un conocimiento profundo de las mujeres; pero es que aquí el palio se agrietaba a veces y aparecía el fondo; porque yo no siendo el novio y teniendo facha un poco de idiota... Es sabido que los novios se muestran mutuamente la parte buena de los caracteres y cualidades, lo cual es natural, pero llegando a veces al fingimiento y al teatro, cuando no son del todo honrados. Yo le pido disculpa de la poca maña que tuve en... querer aconsejarlo. Acuérdense lo que le pasó en Santa Fe con la Ñata Pujato...»

Peor fue lo que me pasó con la porteña Engracia; pero eso ni se lo había contado ni se lo contaré.

33

La Ñata Pujato era una santafecina que tenía fama de muy hermosa —y lo era. En la misa de los Domingos le daba por cruzar delante los «Congregantes Mayores» al ir a comulgar, por pura coquetería, pues podía ir por otro lado. El resultado fue que todos los muchachos grandes estábamos enamorados della, con ese amor prematuro y ridículo, el «camote» que los ingleses llaman «amor becerril» (*calf-love*), no sé por qué. Cuando salimos bachilleres, cada uno salió para su lado, menos yo que quedé empleado en la *Nueva Época* de Martínez Zuviría, y comencé a hacerle la corte desesperado a la refulgente Ñata, que tenía 7 años más que yo; y que por travesura o coquetería, me aflojaba lazo; hasta que el día menos pensado me la encuentro casada con un Juez muy rico que tenía 20 años más que ella, o poco menos. Me pareció el cielo con todas sus estrellas se me venía encima; o por lo menos el techo de la Pensión. Fui al Noviciado a contarle a mi cumpa mi grave herida; y él me escuchó con paciencia, creo que no entendió mucho el asunto; pero unos días después me escribió una carta muy decente, disertándome era amor imposible, o sea no era amor; por la desproporción de edades, y la penuria de recursos, o sea dinero, de un empleadillo aprendiz de periodista; pues aunque mi padre tenía una estancia en Rafaela, era muy agarrado.

Aunque yo no le hice gran caso, diciendo eso no tenía que ver, reflexionando después ví era el mismo caso más o menos que la Ñata y la Engracia; y que yo era «tantas veo, tantas quiero». Lo curioso es que lo que yo le dije a él del «celibato anacrónico»

salió profético pues se cumplió en mí, que ya voy para solterón; y aunque ahora no estoy tan viejo que no pudiera casarme si se terciá, la verdad es que se me ha pasado la hora primaveral, y no tengo dinerillos que suplan mis otras deficiencias, para enlazar alguna mujer que valga la pena.

34

Debo aclarar por qué tengo yo tantos escritos de Marianito y por qué no tengo otros tantos, que los debe tener la huayna luterana o han sido destruidos. A éstos últimos pertenecen los dos primeros libros escritos por el estudiante de teología, cuyos títulos pondré cuando los recuerde, inspirados en la vida del Fundador de la Orden de la Sacra Sangre.

Los entregó al Provincial estando en el 2º de Teología y habiéndole llevado ellos varios años, desde sus estudios de letras. Le fueron devueltos con dos «censuras» tremebundas, que prácticamente rechazaban los libros en absoluto; ¡y de qué manera! No será creíble, pero entre los dos dictámenes, de menos de dos páginas cada uno, traían 9 veces la palabra «necio». El Rector del Seminario Teológico, que entregó todo al interfecto le dijo: « Siento la manera con que se han 'expedido' estos dos santos varones, que no es el que 'prescriben' nuestras Santas Constituciones; pero las correcciones que ellos imponen, deben hacerse. Cuando las haya hecho, me avisa».

Pasó el tiempo y no hubo aviso. Entonces el Rector lo paró un día a Marianín en un corredor y le dijo:

— ¿Y esas correcciones? ¿Las ha hecho ya?

—No se pueden hacer, dijo el cuitado, porque bien mirado, habría que deshacer el libro y hacer otro, cosa que yo no puedo.

—¡Anímese, hombre, dejemos tiquismiquis! ¡Quién dijo miedo!

—Con miedo o sin miedo, yo no puedo hacer eso que Su Reverencia llama «correcciones».

— Entonces entrégueme los libros y las haré hacer yo.

— Tampoco puedo: han ido a parar al fogón del hermano Peiró.

—¡Qué barbaridad! ¿Qué dice? ¿Los ha destruido? ¿No sabe que pertenecían a la casa? ¡*Quidquid mónachus acquirit, monasterio acquirit!*¹⁰

— Écheles Ud. un galgo.

— ¡Ha faltado gravemente a la Santa Pobreza!

—¡Castígame mi madre y yo trompójelas!¹¹, dijo el condenado muchacho, y se cortó.

En realidad, me decía él, a estar a lo que dijeron los dos anónimos jueces, los libros no servían más que para el fuego. Marianito sabía quiénes eran, pues no era cosa difícil de conjeturar: eran dos padres españoles viejos, que se habían sulfurado creyendo que en las dos obras se vilipendiaba a España, porque se aducían solamente autores franceses. Al quemar los libros, Marianito mandó por avión al Reverendísimo P. General a Roma las dos Censuras. Recibió una breve respuesta que decía:

10. "Todo lo que obtiene el monje, lo obtiene para el monasterio".

11. «Se dice de los que reinciden en la misma falta sin hacer caso de la advertencia o castigo» (José Bergua, *Refranero Español*).

«Ha hecho muy mal en publicar sus obras sin hacer las correcciones que le fueron ordenadas». Marianillo respondió más breve: «No fueron publicadas». Vino otra carta por avión firmada «Dolechoschi, General»: «Pase por alto ese incidente, que es común en las Provincias nuevas, donde los Padres ancianos se despechan al ver que los jóvenes los van desplazando en todo; lo mismo pasa ahora en la Provincia de Praga». Por la palabra «despechan», Marianito conoció la carta había sido redactada por Gutiérrez del Olmo, Asistente de España... Travestí, que era entonces Rector del Semi, le impuso de penitencia una novena al Fundador, y no escribir durante un año.

35

Pasaron dos sin que el cuitadiño hiciera nada; y entonces se descubrió que estaba publicando breves ensayos teológicos en un Semanario de Santa Fe, *El Imparcial*; sin firma. *El Imparcial*, al cual había calificado Nicanor Molinas de «pasquín deslenguado», era un diarito único en la Argentina entonces y ahora; y lo que calificó el dirigente demócrata de «deslenguado» era simplemente una gran franqueza con un poco de excentricidad: simplemente decían la verdad desnuda a tirios y troyanos, gobernados y gobernantes; que hasta nosotros, en *Nueva Epoca* les teníamos miedo. Nunca se ha dado ni se dará en la Argentina un filibustero semejante; si se dieran diez semejantes, quedaban reformados los «órganos de la democracia», o sea los diarios abundantes y

panzudos, que constituyen el «Cuarto Poder»; o sea, el poder pasarnos al corral. El Fundador-Director era un españolazo titánico, que había sido capitán en la guerra carlista, que además de fuerzas hercúleas y la fama (aumentada por supuesto) de formidables castañazos que había propinado, manejaba todas las armas. Coquetamente afirmaba no saber escribir (todos los españoles saben escribir) para poder garantizar a todos sus colaboradores que escribiesen a gusto. Tengo una colección incompleta de *El Imparcial*, donde hay dos colaboraciones mías sin firma. Allí colaboró con firma y hasta con foto el célebre canónigo Viñas, helenista peritísimo «perdido no se sabe por qué en una provincia bruta» —la mía. Se las agarró con Leopoldo Lugones cuando este fachendoso poeta comenzó a publicar en Buenos Aires sus *Estudios Helénicos*. Viñas comenzó a espulgar las «traducciones directas» de Homero, pillándoles pilas de errores de lengua, y dejando establecido al final que Lugones tomaba trozos de las traducciones en prosa de Segalá y Estalella, catalán, y Lecompte de Lisle, francés, y las ponía en alejandrinos, «eso sí, muy bien hechos», decía el aristarco, «aunque sin pizca de poesía».

Me estoy perdiendo en las cosas de mi tierra. El caso fue que Mariano fue descubierto, como no podía menos de suceder, como autor de las *Variaciones Teológicas*; y llamado al Colegio de la Sacra Sangre por Travestí, que había subido (toda su vida fue subir) de Rector del Seminario a Inspector Provincial. Con voz untuosa y haciendo sentar al reo, le dijo:

—Lo siento mucho pero estoy en autos que ha estado Ud. publicando elucubraciones secretas en un pasquín deslenguado saltando por encima de la Censura...

— ¿Qué censura? Eso no existe; dijo el reo.

—¿Cómo, cómo? Está en nuestras Constituciones.

—No en las que escribió nuestro Santo Fundador. Eso fue ingerido por el 5º General de nuestra Orden, digo, la censura anónima.

—Eso poco importa. No me venga aquí con *recherches*. Debe obedecer a Todo nuestro Instituto.

—Eso no sería obediencia sino alomás paciencia —retrucó con suave y sumisa voz el interfecto—. No se puede obedecer cuando el precepto va en contra no sólo de la ley de Dios sino del derecho natural. Tal como la hacen funcionar aquí, consiste en que quien no sabe, juzgue al que sabe; y eso en forma anónima. Mire el caso de mis dos libros; conozco a los dos zanguangos que de la materia de los libros no sabían nada, y se descolgaron con una granizada de insultos y de sandeces.

A Travestí un color se le iba y otro se le venía y parecía a punto de alzarse y agarrarlo a Mariano a trompadas; pero era cobarde, por suerte. El reo añadió tranquilamente:

— Tal como se practica aquí, la Censura no es una cosa religiosa sino una aberración. Un hombre religioso tiene la obligación de no obedecerla. Yo no me voy a dejar escupir mi asado.

— Retírese y aguarde mis órdenes, tartamudeó el Travestí.

A la salida tropezó con el buen lego Brughera, el Sacristán, que había atrapado sin querer el final de la reyerta, y le dijo:

— Cuidado, Padre Dufour, lo van a echar. Muy malo es éste.

Esa misma tarde le llegó a Mario Dufour, que aún no se llamaba Marianito, un escrito a máquina en que se le imponía —«por culpa de rebeldía, desvergüenza y desacato al Superior, que está en

el lugar de Dios»— el aliviado castigo de dejar sus clases, ir a Montevideo, hacer allí una confesión general con el Padre N.N., practicar quince días de Ejercicios bajo la dirección del Rector del Terceronado, no escribir cartas ni salir de casa en todo el verano. El castigo que no era grande se frustró en parte, porque el Padre N.N., el Confesor, le dijo saliese a ocultar a nadar (o aprender a nadar) en la playa de Pocitos, si realmente tenía necesidad física grave de descanso.

En realidad pasó buenas vacaciones y escribió varios poemas, de los cuales yo tengo el siguiente:

RÉQUIEM

Cuando esté muerto no me harán sufrir,
cuando esté muerto bocarriba al fondo
del mar, habré cesado de morir.

En el solar crepúsculo redondo
que pinta al agua toda nacarina,
más azulverde cuanto más al fondo.

Sobre las algas y la arena fina
hinchado, céreo, blando, enorme verme
aguardando resurrección divina.

Si para izarme vienen a moverme
para enterrarme en cualquier cementerio,
«Dejadlo —mi Ángel les dirá— que duerme».

Su alma ya está parada ante el misterio
y no murió con los ritos gastados
ni fue esclavo servil del presbiterio.

Si a la resurrección somos llamados,
mejor surgir del mar como una Venus
que no en polvo y gusanos salpicados.

Sin dolores y sin ritos obscenos
murió por un casual mientras nadaba
cuando estaba al azul tálamo dado.

Ni del morir acaso se acordaba...
Que sea el mar féretro abastado
sudario azul con ínfulas de armiño
para abarcar su corazón cansado...

Pobre y cansado corazón de niño.

Este poema bastante descuidado debe hacer alusión al peligro de ahogarse en que estuvo, por un calambre o un vahido, bañándose un día en la playa de Pocitos; del cual peligro fue salvado por una mujer que también andaba nadando.

36

Hay otra versión del mismo poema (o lo que sea) que encontré entre sus papeles y me parece mejor, es ésta:

RÉQUIEM

(De *Atlánticas*)

Cuando esté muerto no me harán sufrir,
Cuando esté muerto bocarriba al fondo
Del mar, habré acabado de morir.

Bajo el solar crepúsculo redondo
Que filtra en napas lumbre nacarina
Más verdeazules cuanto más al hondo

Sobre las algas y la arena fina
En cruz los brazos, la cerviz inerme
Muellemente combada la sanguina

Hinchado, fofo, céreo anorme verme
Si el mismo Dios me brinda el gran abrazo
Aguarda —mi Ángel le dirá— que duerme.

Aguarda, oh Dios, y deja el cuerpo laso
Dormir su sed insomne y su desvelo
Mecido aquí en tu límpido regazo.

Dale el preliminar sensual consuelo
De empaparse de olvido los redaños,
En sueño sol y sal el primer cielo.

Déjame dormir trescientos años
Como durmió el festivo anacoreta
Del empíreo en los místicos peldaños

Al escuchar en lírica escaleta
Del querub-ruiseñor la tiralira
En los alcores de una noche quieta.

Que extinga el mar su devorante pira
Y cuando caiga en terciopelo y oro
La noche miriastral, dulce al que mira,

Y de sus lentejuelas el tesoro
Tachone al monstruo el lomo azul que rola
Y que en rumor replica al alto coro

Y la luna desnuda baje sola
A bañarse en el gran silencio vivo
Y se derrita por la negra ola,

En regueros de ópalo nativo —
Entonces, oh Señor, por fin calmado
Ya no lo harán sufrir a este cautivo

Marino corazón de mal soldado
De ímpetu inmenso y deficiente aliño
Y sea el mar el féretro abastado

Mortaja de imperial orla de armiño
Sudario del sudor de su pecado
Urna capaz de un abismal cariño
Propio ataúd de corazón cansado

Pobre y cansado corazón de niño...

NOTA — Si todas las poesías de mi amigote fueran como ésta, justificaría quizá el dicho el crítico criticón De la Guardia, a saber: "Marianillo sabe versificar como los ángeles, pero no es poeta. Es demasiado hombre de ciencia para ser poeta. No se puede ser todo..."

Yo creo que se puede ser. Más aún, creo que todos los grandes hombres de ciencia han sido poetas, como Santo Tomás, Klagues, Paste-úr, y Carrel...

37

Tengo que hablar de la solterona esta («retratar» decimos los periodistas) lo mejor que se me ocurra, para pasar después al Marianito, que es el que importa.

La Bárbara se trajo a la casona una viuda de su tierra con un chico de 13 años, contra la gran resistencia del cura, el cual pronto se percató que siendo casa demasiado grande, si se llenaba un poco

más, estaría más limpia. Lo que le importaba a la Bárbara era tener una ayudanta: los hacía trabajar a los dos (aunque el chico pasaba casi todo el tiempo en la escuela de mediopupilo), sobre todo en las faenas odiosas, como ir a cobrar los alquileres de los 8 departamentos que había comprado con los bienes de su padre; los cuales «liquidó» en el Uruguay. Ella les cobraba barato pero no los dejaba atrasarse un día. Otra cosa que le encomendó fue la de vender los cuadros cuando Marianito se dio a la pintura, para poder subsistir, cuando Perón lo echó de su cátedra de Matemáticas en el Monteagudo. Pero deso, más adelante.

Con la viuda Gulaz yo trataba de mantenerme lo más lejos posible, lo cual conseguía; por más que confesaba era una buena mujer y no había nada que decir; pero era uruguaya de Montevideo. Recuerdo que la pelotera peor que tuve con la dueña y señora fue cuando ella limpiando topó con una carta mía en que decía: «Las mujeres son monstruosidades que hay que aceptar» —una frase que yo ni siquiera inventé; y que ella se atribuyó a sí misma enseguida, como es costumbre de todas; mientras los varones en ese caso pensamos enseguida en el vecino. De balde le mostré otra carta donde corregía el aforismo diciendo: «Pero los varones son peores». Días enteros anduvo engestada y mirándome torcido. También Mariano no sé qué piensa al dejar sus cartas y papeles «arrastrando» por ahí, como dice el francés.

Estuve siempre en contacto con Mariano, incluso cuando estaba en Roma, pues éramos como hermanos, ya que nuestra amistad empezó a los 5 o a lo más 7 años. Ahora que tenía casa propia, aunque estuviera a nombre de la Bárbara, el prurito era invitarme a almorzar con él continuamente. Por

desgracia ninguna de las dos mujeres (que no se sentaban a la mesa con nosotros) era buena cocinera. A mi amigo eso no le importaba minga, pero a mí sí. Mas a trueco de conversar, y sobre todo de oírlo cuando le daba la inspiración, yo engullía papas hervidas tras papas hervidas, macarrones tras macarrones. Vino no tomaba él, yo tomaba creo que por demás.

Algo tengo que decir todavía della... Ah, cuando murió Mariano, ella lo sintió creo que más que yo, y eso es mucho decir. Lo cuidó con la misma dedicación que en el Hospital, pero aquí la enfermedad fue muy breve y la muerte como una dormición o tránsito. Varias veces me había dicho su muerte sería suave o almenos no sería horrorosa, pues eso lo pedía todos los días desde el Noviciado a no sé qué santo de su Orden. Echó la cabeza atrás y quedó como dormido. Estábamos allí solamente la Viuda Gulaz y yo: llamamos a gritos a la otra, pero se había ido a la botica a buscar un remedio. Cuando llegó, hay que ver el efecto que le hizo: Rompió a llorar sin ruido y pareció iba a desmayarse. Preguntó entre sollozos:

— ¿Se acordó de mí al morir?

— Sí —le dije, mintiendo.

Se renovó su desesperación, apoyadas las espaldas en la cómoda y aferrando fuertemente una manija. Después casi gritó:

— Señor Dios mío, ya desde ahora acepto de buena voluntad, como venido de vuestra mano, cualquier género de muerte que os plazca enviarme, con todas sus angustias, penas y dolores.

— Sin angustias ni dolores, le dije. Una muerte casi plácida.

— Ya los había pasado en vida. Morir antes de los 50 años. ¿No le parece a Ud. que me lo han

matado? Ah, jamás le perdonaré, dijo agitando el puño en el aire, no sé a quién. Probablemente a Travestí o bien a otro de los perseguidores del cuitado, Marcía o Segantini.

38

Creo que va a volver, que no se va a «hallar» en Montevideo, como le pasó al morir su padre. A su madre casi no la conoció, se separó del Pastor cuando ella tenía 7 años y después no supo nada más; aunque su padre sí sabía, y parece ella andaba en malos pasos. Su madre a estas horas debe de haber muerto, o algo equivalente.

Averigüé por qué decía el cura le había salvado la vida, cosa que ella no quería contar y había impuesto a Eufrasio el jardinero que no lo contara; pero el jardinero ya no trabajaba en la estancia sino en la Capital en el Parque Lezama, donde (para decir verdad) no hacía nada; y por una botella de aguardiente de Catamarca «pa los resfríos», me contó la tragedia de la Bárbara. De veras podía haberla muerto un perro dogo que la persiguió; y el Mariano que iba en su «fortacho» por casualidad oyó los chillidos y acudió justo a tiempo. El animal era un tigre, por decirlo así, uno desos perrazos dogos que los ingleses llaman «perro toro» de la alzada de un ternero chico. El perro pasó por debajo del alambre tejido a pesar de su corpulencia y la persiguió cruzando la calle hasta el otro alambre-tejido, donde ella se había trepado

agarrándose de un poste telégrafo; mas el perrazo saltando la alcanzó primero del vestido y después de una pantorrilla; y después de tumbarla, que fue cuando llegó el providencial Mariano, la hubiera seguro estrangulado, porque esos se tiran al cogote, de no haberle el cura echado un balde de agua fría. La fiera en vez de volverse contra él, como él temió un poco, dio la vuelta con orejas y cola gachas, y trotó hasta su casilla, pasando otra vez su cerca por debajo. Al cura le habían contado que no hay perro por furioso que ande que no se aplaque echándole agua fría, y resultó verdad. Mariano tenía un balde y lo llenó en la zanja; y levantó a la muchacha, que estaba desmayada de miedo. En vez de llevarla a Lomas, donde ella se dirigía a pie desde Hipólito Yrigoyen, la llevó a la Capital a su propia casa-pensión della, y allí estuvo hablando con él dos horas, después ella tomó un litro de café negro con aguardiente. Volvió a casa el cura diciendo había topado con una gran teóloga, en lo cual lo engañaba la apariencia. Vino ella a la Casona al otro día, y hallándola hecha un basurero, se puso a limpiar y... no se fue más. En la Casona había lugar para diez.

No fue sino después de varios días cuando ella le contó que había tirado un cascotazo al perro, creyendo estaba atado, que le dio en mitá el hocico; había visto una cadena a su lado, pero no estaba prendida, alguno se descuidó, porque el perro le lanzaba gruñidos. Así era de colérica e imprudente la luterana.

Fue desgracia con suerte, porque de allí nació que renunciara al Hospital, y fuera a hacer de ama de llaves, cocinera y enfermera de Marianito que empezaba ya a teclear y lo habían echado del Liceo Monteagudo. «Siempre Dios me ha mandado socorro en mis momentos desesperados» —decía él. Pero

esta vez Dios se gastó en forma. La luterana le resultó una Providencia. Ella, que vio un óleo de él en su alcoba, lo incitó a pintar, y a Mariano le fue muy bien, mejor que con las Matesis.

La segunda vez que la persiguió un perro, no es deste lugar.

39

Le tomó un miedo pánico a los perros grandes. Cuando del rascacielos que hay enfrente nuestro salía una solterona con un perrazo a traílla, la Pastorela daba media vuelta y se metía en su casa, hasta que el par de bestias hubiese desaparecido.

Lo notable es que el Mariano tenía la misma aversión a los perros, todos, grandes y chicos, pero no por temor sino por asco: porque ensuciaban toda la vereda del frente nuestro y también la nuestra. Pues las solteronas y solterones ¿para qué los sacaban afuera? Mariano cuando chico tenía afición a los perros y yo le conocí dos, Tom y Cayuso, a los que trabajaba para enseñarles trucos sin conseguir nunca nada, porque eran de raza demasiado ordinaria, supongo. El caso es que ahora los aborrecía tanto o más que la Barbarela. El estado hediondo de nuestra vereda oeste lo ponía por las nubes. Le escribió una carta al Intendente Municipal ordenándole más que pidiéndole prohibiese la tenencia perruna en los departamentos, diciendo con razón (y con cargada ironía, por desgracia) que era un mal para los perros mismos y más para los cristianos, porque los perros son para el campo; y en las ciudades traían contagios de quistes

hidatídicos, tenia y rabia; y le contaba el caso de la muerte de una mujer joven, loquitora, llamada Margot, de un quiste en el cerebro; la cual justamente tenía un perrito negro más feo que el pecado, al cual sacaba a «paseo» cada tarde con su bozal y correíta.

El Intendente que estaba por salir o ser salido por haber acontecido entonces el «gobierno del pueblo», o sea el Segundo Reinado de Perón, se enojó mucho por la carta escrita en estilo satírico o quizás propiamente porque lo llamaba allí «Casimiro» y «Dagoberto» creyendo eran sus apelativos, sin saber eran sobrenombres inventados por los vecinos. Según nos contó Genisse, que era empleado en la Muni, el «Dagoberto» juró vengarse, y quizás lo hizo, aumentándonos exorbitante la factura de «Alumbrado y Limpieza», que son facultades que posee todo gobernante argentino, redoblar los impuestos.

Éste es el caso de los perros, los cuales tuvieron una intervención fatídica cuando Marianelo se enfermó para morir. Me refiero al ex-marido de la Viuda Gulaz.

40

Marianelo y sus desastres es el asunto destes apuntes, y me estoy gastando en partidas.

Marechal, a quien respeté mucho... un tiempo, me había dicho un día: «Escriba sus recuerdos así como le vengan sin adornos, porque usted ha hecho tal cantidad de periodismo que se ha hecho un estilo más que periodístico; y cualquier cosa que escriba

saldrá legible, aunque no salga tan melodramática como sus tres novelas policiales. Mire lo que le pasó a Somerset Maugham, con los recuerdos de su vida». Yo dejé dormir este consejo hasta mi jubilación, y después estuve enfermo tres años.

Los sucesos de la vida de Marianito son más dramáticos que mis tres novelas; según él, encerrarían un significado «teológico». Si el lector lo ve, mejor (o peor) para él. Aquí están.

Nacimos los dos en la ciudad de Esperanza (Santa Fe), nombre de suerte. Y los dos entramos juntos, después de la Primaria, en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe. Juntos no es exacto del todo, porque yo fui a la 2a. Brigada, y él a la 3a., la de los chicos; y yo estuve 6 años y él solamente 5, pues salió de 4º año para entrar en el Noviciado de los Jeromianos. Pero en comunicación estuvimos siempre, toda la vida.

41

En el Noviciado, que duró 2 años, no daban permiso para verlo sino cada 15 días; pero ese día pasábamos dos horas charlando hasta por los codos sin escuchar casi lo que decía el otro. Allí nos hicimos amigos como dos mellizos, o como Cástor y Pólux, que dijo no sé quién. Yo empecé a estudiar Medicina en la cual fracasé, o me cansé mejor dicho; y en un intento de matrimonio prematuro con la Nena Pujato, que iba a coquetear todos los Domingos a la Iglesia pasando adrede por los bancos de los

pupilos mayores, que estábamos todos enamorados della; y cuando yo lo tomé en serio y me metí a loco, salí escarmentado —como me había predicho el Marianete. Yo abandoné Medicina en el tercer año y me metí a periodista, para lo cual tenía predisposición de mi finado padre, y una gran facilidad para escribir macanas. Mi amigo pasaba sus estudios de latín y griego, y yo aprendí inglés y francés sobre la basecita que nos dieron en el Bachi. Después a él lo mandaron a ser profesor de Matemáticas en el Colegio jeromiano de *La Salvación* y yo pasé de *Nueva Época* de Santa Fe al *Nacional* de Bs.As., el diario más grande, donde pasé penuria de entrada, pero mejoré rápidamente.

Así pasó nuestra juventud laboriosa. Mi amigo se me había vuelto maestro de moral y religión, y yo le hacía caso —en general.

42

Lo mandaron a hacer dos años de Teología (los jeromianos hacen 4) y a «ordenarse» en Roma; y yo conseguí del Dire me mandara de corresponsal a Europa, que estaba en su Primera Granguerra; y visité a mi amigo varias veces en Roma y muchas en París, donde lo habían mandado a «perfeccionar sus estudios» en la Sorbona, donde no se puede perfeccionar nada; pero él estudiaba por su cuenta. Le dieron un Diploma de no sé qué y volvió a Buenos Aires, mientras yo quedaba en París cronicando tristemente las derrotas de los alemanes,

de los cuales me había vuelto partidario —no, simpatizante. Yo siempre simpatizo con los vencidos.

Cuando lo ví por primera vez de nuevo, Marianelo había entrado en su Vía Dolorosa, de que me informó, pero a su manera reservada, por lo cual yo no la entendía bien. Ahora que ha muerto y yo tengo todos sus papeles, incluso cartas de Roma y algunas copias de respuestas suyas, me parece entiendo incluso el sentido «teológico» de su martirio, si no me engaño.

43

En resumen: le hicieron una guerra de nervios desde que empezó a actuar. Él ripostaba no atacando sino solamente parando golpes. Si se equivocó en alguna desas «paradas», yo no creo y tampoco soy quién para juzgarlo. Lo echaron arbitraria e ignominiosamente de la Orden. Fue a parar al Obispado de Salta y después de dos años volvió a Buenos Aires, donde era su lugar natural; y pidió y obtuvo una cátedra de Mátesis en el gran Instituto Monteagudo. De allí lo echó Perón en su primer Reinado y él encontró un auxilio providencial en la Pastorela Barbarela —la cual fue causante de su muerte; según ella dice y yo no creo.

44

Dicen que es «un sabio» ¿y qué es lo que sabe? Sabe de todo. Es un bibliomnívoro. Ha leído enormemente y sigue leyendo, y no como curioso sino como estudioso: lee y asimila. Principalmente poesía y teología.

Teología estudió con el Cardenal Billot, que ya no era Cardenal cuando él pasó tres años en Roma. Luis Billot, el mayor teólogo de nuestros tiempos había impreso su *Cursus* y él pudo estudiarlo a fondo, viendo al Maestro a veces, el cual estaba en el Noviciado de Gallore, a media hora de Roma. Fue Billot mismo el que le aconsejó el estudio de la Sagrada Escritura.

La poesía decía él que tenía puntos de contacto con la teología —lo leyó en Santo Tomás. Estudió las literaturas de todas las lenguas que sabía, que eran 7; 9 contando el portugués y el catalán. Los jeromianos se precian de tener hombres doctos; y así al ver sus disposiciones le dieron todas facilidades, mucho tiempo libre, buenas bibliotecas —permiso para hacerse él mismo su Bibliotequita. Ya dije que hizo él mismo muchas poesías, pero las recataba, pues no las creía buenas; por lo menos que no llegaban a su ideal y a sus grandes modelos.

45

La explicación causal del «Calvario» es sencilla. Había en la Orden de San Jerónimo Emiliano —que

era (y creo es) la más numerosa y rica en la Iglesia de Dios —de Jesús pobre—, un Superior «tocado del vicio de la ambición», los cuales, dice San Juan de la Cruz, «son incorregibles». «El mandar es dulce aunque sea a un rebaño de cabras», dijo Sancho; pero no crean es así en una «religión». Allí por el «voto de obediencia» el Superior tiene un poder enorme, y puede jugar a los titeres con sus súbditos, por poco que le dé por ahí. Este tal Superior «tocado», al cual llamaremos «Travestí» había mandado siempre desde que entró al Noviciado, donde fue Bedel, hasta que murió a un paso de la culminación de sus anhelos, que eran, según yo creo, llegar a Prior General de los Jeromianos. Pero llegó a Secretario del General apenas eligieron uno nuevo por muerte del anterior que se llamaba No-sé-como. Desde ese puesto elevadísimo dejó caer el peñasco sobre mi pobre amigo —aunque no debo llamarlo pobre.

Él había pensado ir a Roma a entenderse con el nuevo General. Había leído en la Historia de su Orden que varios hombres eminentes della se habían entendido directamente con el Superior Supremo para estar a sus órdenes inmediatas, librándose así de la estrechez y variabilidad de los Superiores locales, que difícilmente eran eminentes ni comprensivos, mas atendían al bienestar inmediato de sus Colegios. Marianillo estaba entonces componiendo, al margen de sus clases, sus dos libros de Teología, *Relaciones entre la Idea de Dios y la Existencia de Dios*, cuyo plan le había hecho nada menos que el Cardenal Billot; y el otro *Ascética y Mística en la Vida de San Jerónimo*. El Provincial Travestí le jugó una pasada: le dio permiso para ir a España (no a Roma) pero no le dio el dinero. De un padre salesiano que iba a Italia con una misión del gobierno sobre inmigración, Mariano consiguió un pasaje en el

buque sueco *Naboland*, con la intención de ir a Roma antes que a España.

46

Al tocar el *Naboland* en Génova, la policía le trajo una orden del Flamenco (el nuevo General) de seguir viaje a España sin descender: lo cual era imposible, porque la ruta del *Naboland* era de allí derecho a Tel-Aviv. La misma orden le leyó el Superior de Génova (Petrarca nº 1) antes de darle de comer. El se desentendió diciendo debía ir antes a ver al General y al Papa. Cuando supo eso el Travestí, se puso fulo, porque creyó mi amigo venía a Roma con una valija llena de documentos contra él, grueso error: venía a ver si arreglaba su labor para el futuro; pero el Flamenco, que era nuevo y no sabía nada de nada, se guiaba por los informes del Travestí; el cual no hacía más que escribirle a Mariano que por la Santa Obediencia debía partir para España; donde no tenía nada que hacer y en Madrid reinaba el viento de Guadarrama, «que no apaga una candela y mata a una dama». Estaba con gripe.

Atascado así pasó un mes, y decidió volver a su tierra (en la Residencia Petrarca sin calefacción, el frío le era inaguantable) persuadiendo a su amigo el capitán Farrell, *skipper* del *San Martín*, que lo llevara gratis. Pero una mañana al llegar del puerto halló en su helado aposento al Superior y al Ecónomo que le leyeron un «decreto» del Papa reduciéndolo al «estado laical» «conforme él lo había pedido» y le exigieron

firmase el conforme; y él se negó a firmar una mentira, porque no había pedido nada. Trajeron otros dos curas de testigos e hicieron un acta testificando su rebeldía, y le dieron una parca suma de dinero mandada por el Flamenco (que había armado la triquiñuela) para que se mandase mudar. Le quitaron la sotana y el breviario y le prohibieron por supuesto decir misa. Le produjo un choque como un garrotazo en la cabeza, porque creyó era un decreto del Papa y no solamente un «rescripto» (que no tenía valor si no lo aceptaba el interfecto), como creyeron también en su ignorancia el Superior y el Flamenco. En fin, que después de varios apuretes (pues el Superior lo había echado de casa), se embarcó para Roma para tomar el *Aerolíneas* a Buenos Aires. Era primavera y el camino Génova-Roma era una maravilla; pero él andaba con fiebre.

47

En la mitad del camino, en Massa-Carrara, tuvo la maña de romper huelga de obreros marmoleros que habían cortado el tráfico «para llamar la atención de Roma hacia ellos» e hicieron perder 4 horas a su colectivo. Con ayuda de una viejita noble, la Princesa viuda Torlonia, a quien hizo pasar por su Secretaria, se hizo pasar por miembro de la Embajada Argentina, y arengó a los perdularios diciéndoles iba a Roma para mandar diez mil inmigrantes a la Argentina; y si no los dejaban pasar, «de Massa-Carrara no iría ninguno». Consiguió dejaran pasar el ómnibus, y tras él pasaron todos los otros.

En Roma era tarde y fue al hotel Minerva y a la mañanita siguiente a verlo al Flamenco; pero a la puerta de la Curia (Borgo Santo Spirito 4) se topó con un sacerdote argentino que lo conocía de vista y era Secretario de la «Congregación de Religiosos»; el cual le pidió que sin tardar le mostrase el papel del Vaticano.

— ¿Ud. aceptó esto? le preguntó

—No solamente no acepté, sino que escribí de inmediato protestando.

—Entonces esto es nulo —dijo Gasa— porque no es un decreto sino un «rescripto». ¿Quién le dijo al Papa que usted lo pedía?

— Supongo que el Flamenco.

— Mintió entonces.

— O se equivocó.

— ¿Quién redactó este papel?

— Supongo que el canonista de la Curia, Padre Lo Grasso.

—Lo conozco. Es doctor en Derecho Canónico e ignora altamente el Derecho. Vaya tranquilo, que antes de una semana, yo le hago anular esto.

Vio al General solamente al día siguiente y esa primera (y única) entrevista fue un desastre. Suya fue la culpa, pues por cortesía empezó a hablarle en francés, que era su lengua de él materna, y él lo tenía medio olvidado: lo prudente fuera hablarle en italiano. Al no poder responder sino

tartamudeando al torrente de acusaciones e imprecaciones del tipo (que era menudito, nervioso y pálido), Marianillo se echó a llorar «como una mujer» (decía él) y se marchó lleno de bochorno. Ese mismo día escribió muy respetuosamente lo que había de decirle y no recibió respuesta; ni a esa ni a otras misivas que le dirigió después. La respuesta era invariablemente «NO» y se la daba Travestí por teléfono.

La carta decía:

«Ayer enmudecí ante su ex-abrupto y hoy he recobrado el habla. Su Reverencia no me conoce ni por tapa de fósforos, me juzga por dichos del Secretario Travestí, no quiso oírme; y sin embargo ha enjuiciado toda mi vida y la primera cosa que me dijo fue: 'Ud. nunca debió haber sido ni jeromiano ni sacerdote'. Una sola cosa tengo que replicar y es que eso, si fuera verdad, debían habérmelo dicho hace 30 años; y el decírmelo S.R. ahora que tengo 50 es una temeridad, por no decir una insensatez.»

49

No quiso se hospedase en ninguna casa de la Orden de la Sagrada Sangre y lo mandó a una pensión modesta que tenían los Franciscanos en el Barrio Parioli hasta nueva orden. Marianito se serenó enseguida, porque se sentía inocente, y sentía que lo que había dicho el Flamenco: «Ud. jamás debió haber sido jeromiano ni sacerdote», era pamplina. Se puso a escribir versos, pues era ducho en eso, sobre todo en los sonetos; y a cartearse con sus parientes y conocidos para

desvirtuar los rumores extravagantes que habían creado acerca dél los diarios con sus paparruchas periodísticas. Así estuvo tres meses y ya hemos dicho era la primavera de Roma. Esa salida dél: «Yo no me emociono ante los vegetales» no era verdad todavía. Y la otra salida: «Esta ceremonia no es deste tiempo. El Papa ya no es Rey» dicha después de asistir a la beatificación de Contardo Ferrini —donde por cierto le robaron la cartera con sus documentos al salir de San Pedro— también quizás sea cosa subjetiva.

50

A los tres meses lo llamó Travestí por teléfono y le dijo con tono enojado qué cosa estaba pensando, que el General estaba enojado con su silencio y había determinado fuese a España. Él dijo que quería volver a su tierra, donde estaba su trabajo. Travestí dijo no podía ser, que eligiese dónde quería posar. Él respondió en Madrid, en la casa de la revista *Razón y Fe*, donde una vez habían con loa publicado un trabajito suyo. Travestí no le contestó hasta el día siguiente que la santa obediencia decidido fuese a Manresa de Cataluña; y eso en esta semana. Que pasase por la Curia a buscar el pasaje de avión. El Marianí contaba que estaba enfermo de gripe en la pensión San Francisco, y vino Travestí a visitarlo y él se quejó amargamente de la falta de caridad y lealtad con que lo estaban tratando, terminando su soflama con la frase: «¡Travestí! ¡Dios existe!» la cual hizo reír a carcajadas al Secretario.

51

Manresa es una ciudad de Cataluña a 100 kilómetros de Barcelona. «Ya sabía Travestí lo que hacía cuando eligió a Manresa» —le dijo el canónigo Cunill, un amigo muy gentil que él se hizo en Barcelona. Manresa es una ciudad hirsuta y desolada, donde se dice hizo un año de penitencia el Santo Fundador; y los jeromianos han chapeado de plata la gruta donde se dice vivió el Santo y tuvo un éxtasis que duró 7 días; que llaman la «Santa Cova». Adosada a ella hay un enorme caserón donde cabrían 1.000 personas y hay 9; con Marianito, diez. Cuando llegó, el Superior le leyó una lista de 7 prohibiciones que había mandado a su favor el Flamenco; las cuales lo convertían prácticamente en un preso. A la casa de la Santa Cova mandaban a los ancianos e inútiles, y a veces a algún loco. Él no era ni anciano ni inútil. Él no era loco tampoco, pero tiraban a enloquecerlo.

“Con soberano descoco
Y un desmán tras un desmán
Con terquedad, poco a poco
Han dicho que estaba loco
¡Y loco lo volverán!”¹²

12. Estos versos de Eduardo Marquina resumen la situación en que se encontraba el poeta catalán Jacinto Verdaguer a quien sus perseguidores tacharon de loco y después pusieron en una situación de locura: eficaz modo de hacer buena su contumeliosa palabra. Cfr. *El Ruiseñor Fusilado*, Cap. XI, Ediciones Penca, Buenos Aires, 1975, p. 58.

52

En esa prisión o reclusión aguantó dos años, con peripecias pintorescas que no contaré por no alargarme, donde se enfermó seriamente y al fin huyó a su tierra en un avión de *Aerolíneas*. Para no enloquecer, hizo amistad con dos pintores pobretones —pues lo dejaban salir de paseo dos horas, aunque no le permitieron dejar la comida disgustosa ni la «recreación», donde se hablaba sólo catalán. Hizo amistad también en Barcelona con un médico eminente, José Córdoba y Rodríguez, que resultó un caballero y se puso a ayudarlo con todas sus fuerzas. Escribió el médico al Superior de Manresa que tenía que verlo cada mañana, pese o no a las siete prohibiciones, porque estaba amenazado de enfermedad grave. Dijo que había contraído una afección llamada «neurosis de situación», cuando lo que tuvo al fin de su «reclusión» fue «delirio afectivo», o sea, la locura de Juan Jacobo Rusó. El finado Córdoba Rodríguez le dijo no huyera de Manresa, porque sería para peor, que él escribiría a la Santa Sede; he hizo firmar su carta a todo el Colegio Médico de Barcelona, del que era Presidente. La carta como es natural fue al flamenco que contestó con una carta roñosa escrita por Travestí donde decía: «Sepa que no volverá a su país como religioso ni como sacerdote y que su vida en la orden será dura, penosa, intolerable y que no volverá más a su país si no firma el decreto». (¡dale decreto!) Era rescripto. 307/19.

53

Mostró la carta a su confesor, que era un jeromiano muy bondadoso e inteligente, aunque débil; porque en la Orden hay de todo como en botica: lo que no hay es uno solo que se parezca al Fundador. Al leer la carta el confesor Mural dijo: «Esto es una salvajada. Salga de la Orden y redúzcase al clero diocesano. Yo mismo le escribiré el borrador de la carta a la Sacra Congregación de Religiosos». Marianito se sonrió porque sabía lo que ocurriría. Firmó y mandó la carta que era suave y melosa hasta rozar lo abyecto («éste es el estilo de Curia», dijo Mural), y lo mismo que la del doctor Córdoba no vino respuesta alguna. Con esa táctica, el Vaticano gana muchas victorias.

«Me decidí a huir pero no podía», decía él. «En España hoy no puede viajar un religioso sin un permiso del Superior y huir de un convento es imposible. Por suerte vino a Barcelona de Cónsul General un Capitán Arévalo, retirado, que había hecho huir de un campo-concentración ruso en Alemania a varios 'técnicos' que vinieron a la Argentina; hasta que lo descubrieron y echaron de Alemania y gracias que no lo mataron los rusos. Éste me aconsejó huyera, pero me dijo ya escarmentado no me ayudaría en nada, no fuera que lo echaran de España, más que en llevarme a hurto de Manresa a Madrid en su 'haiga'¹³, para que tomase *Aerolíneas*».

13. "Luego vino el cónsul Arévalo en un gran auto, que allá le llaman los 'haiga' [...] porque una vez fue uno de estos nuevos

54

Disparó de Manresa por aire y después de 32 horas estuvo en Bs.As. Las peripecias de la fuga son una novela policial. Me las contó en una carta humorística en pago de haberle mandado yo el billete. Basta decir que falsificó el permiso del Superior y para obtener el V.B. del Secretario de Tránsito, fue ayudado por un boxeador que andaba en Barcelona furioso por cobrar una «bolsa». Junto conmigo lo esperaban en Ezeiza su hermano menor, el Dire del diario y Lippi, el cónsul de Roma; y lo primero que dijo al aparecer fue: «Esta tierra no vuelvo a salir»; juramento que quebrantó dos veces.

ricos a comprar un auto y le preguntaron qué marca quiere. 'La mejor que *haiga*'. Bueno, luego me llevó al aeródromo y allí pasó una cosa curiosa: yo hablaba con el capitán Arévalo mientras había un avión que estaba por ir. Yo veía que la gente que estaba al lado mío e iba a Buenos Aires estaba subiendo. Entonces le dije que ya se iba el avión. Y él decía que ése no era el mío. Y salí corriendo. El avión estaba puesto en marcha y lo corrí. Estaba carreteando y lo corrí hasta que paró. Vieron que venía uno corriendo y lo pararon. Y si lo pierdo, me agarran, porque ya habían dado parte a la policía de que yo me había escapado" (*Conversaciones con el Padre Castellani*, Pablo J. Hernández, Hachette, Bs. As., 1977, p 82).

55

Apenas llegó, se presentó al Colegio de la Sagrada Sangre e informó de todo al Rector, incluso que tenía permiso implícito o «interpretativo» para venirse del Provincial de Cataluña... El Rector Castillete se hacía pasar por noble español y tenía fama de ser muy cortés y delicado, siendo en el fondo vulgar y sin corazón.

Creyó todo arreglado, evidentemente no era «fugitivo» (no lo es el que huye de un convento a otro de su misma Orden) y viendo que el rector Castillete no lo llamaba ni decía nada, comenzó a preparar sus clases, rehuyendo visitas y dar explicaciones a sus cofrades, cuando inesperadamente le vino el temblor de tierra... Él amaba a su Orden y su expulsión della le hizo el efecto de un terremoto (En realidad era lo mejor que le podía ocurrir).

56

Un día que salía de decir misa (era el de San Perón, 18 de octubre) lo mandó llamar el Rector. Castillete había cableografiado a Barcelona y a Roma; y sobre el pucho vino la orden de expulsión, firmada por el General, sus 7 Secretarios y ¡el Papa! «Al Papa lo han engañado tres veces», decía él; le dijeron esta vez que había *periculum in mora*, o sea, que era peligroso no echarlo de inmediato y lo que había era un absurdo fantástico; y que lo echaban porque «había desobedecido durante ¡20 años!»

El Papa dispensó el proceso que hay que hacer antes de expulsar a un profeso, el cual según el Código de Derecho Canónico se ha de hacer después. ¡Y no se hizo!, de modo que no hubo ni acusación ni defensa, ni por ende, sentencia. «Para echarme violaron todas las leyes divinas y humanas» —me dijo a mí, que corrí a su lado desde San Juan donde estaba. En realidad fue mejor así, inclusive para su salud ya tocada.

57

Lo acogió el Obispo de Salta. Los expulsos de una Orden Religiosa, como se supone que para eso deben haber cometido un morrocotudo delito, tienen que encontrar un «Obispo Benévolo» que los acoja y sufrir un año de «suspensión», o sea privación del ministerio sacerdotal; después del cual, si el Obispo Benévolo informa de su buena conducta, debe venir de la Santa Sede el permiso de volver a decir misa. Pero en este caso, vino un escrito del Arzobispo de Cochabamba (Bolivia) que si él se marchaba de allí a Cochabamba y se ponía bajo la dirección de un «sacerdote prudente», se le «devolvería la misa». Era un golpe de Travestí, que no quería que Marianito viviese en la Argentina, le temía incluso en Salta y así hacía torcedor (o *chantage*) con la Santa Misa, como si fuera propietario della. Marianito no contestó nada; mas como el Arzobispo de Salta insistía en pedir la «rehabilitación», a los dos años vino un «rescripto» de la Santa Sede «devolviendo» la Misa pero con la condición que solamente pudiera celebrarla en Salta —otro *chantage* de Travestí.

Durante sus dos años en Salta enseñó en la Escuela Normal y en un «Instituto de Humanidades» que había fundado el Obispo; donde ganaba apenas para subsistir, pero estaba contento. Hacia el fin de los dos años, sucedió otro atropello increíble.

58

Había escrito un opúsculo sobre el *Apocalipsis*, libro que durante toda su vida había leído asiduamente, con comentarios y todo. El Obispo, que había dado la aprobación eclesiástica, o sea, *Imprimatur* a la obrita, le pidió el primer capítulo para su revista mensual *Humanidades*. Marianín resistió un poco, porque no estaba aún corregido en forma, y después lo autorizó. Paró un tiempo y derrepente vino un decreto de la Sagrada Congregación de la Inquisición de la Fe (que hoy ya no existe, al menos con ese nombre) mandando al Obispo le hiciese retractar el «artículo» publicado en su revista. El autor dijo al Obispo que no sabía qué había que retractar, pues no indicaban el error. El Obispo le dijo «retráctese todo», aunque era él quien debía retractar; y le escribió él mismo un borrador de carta retractatoria general donde decía que retractaba, renegaba y abominaba dese artículo y de cualquier error que en cualquier lugar fuese contra el sentir de la Santa Madre Iglesia Romana. A Mariano la carta le pareció demasiado melosa, casi abyecta, pero la copió, firmó y mandó. *Tutti contenti*. Cuando estaba lo más campante, cayó otro decreto de la Santa Inquisición, firmado esta vez no por el Secretario sino por los dos Cardenales

Presidentes Ottaviani y Larraona, mandando al Obispo intimar al Mariano una serie de castigos «como a Lutero se los infringieron», decía el cuitado. Esos castigos lo dejaban sin poder ganarse la vida honradamente; pues mandaban no tuviera contacto ninguno con los jóvenes, no enseñase Teología ni Filosofía, no escribiese sobre materias religiosas, enviase a esta «Sacracongrega» todas sus obras teológicas (no había escrito ninguna fuera de las dos cuyos originales había quemado sin publicar) y quedase «suspendido» de nuevo. Y cosa increíble, firmaban dos Cardenales con fama de Santos, Ottaviani y Larraona. «Me alegro que a mi maestro Billot lo hayan echado del Colegio Cardenalicio —dijo Mariano—. Debe de ser una gavilla de brutos». Yo le indiqué cuando lo supe que allí debía mandar la mano de Travestí; y él me dijo que Travestí había muerto de un cáncer en la garganta varios meses hacía. Hasta hoy no se ha sabido quién fue el acusete que informó a los dos «santos», que creyeron de inmediato la acusación sin escuchar al acusado: siendo así que a éste no lo conocían ni en caja de fósforos.

59

«Éxsinagogis» mi pobre amigo salió de Salta y se vino a Bs.As., pues el Obispo Benévolo se había puesto naturalmente de parte de los dos Santos y no hacía más que decirle: «Sométase, sométase; retráctese, retráctese; obedezca, obedezca». En la Capital, yo le conseguí le devolvieran su cátedra de Matesis, le alquilé la casona de Flores, y él con sus ahorros se compró un autito viejo llamado

tachómetro o «Fortacho» para ir al liceo que estaba lejos. No duró de profesor ni un año, pues cayó enfermo y le hicieron tres cirugías en la garganta y en la boca por «cáncer en la lengua» que probablemente no existió, pues la «biopsia» hasta hoy nadie la ha visto. Allí en el Hospital Fernández cayó la Bárbara Van Moro a cuidarlo día y noche y se volvió tan maternal que él decía le había salvado la vida en compenso de haberle evitado él la comiese un perro dogo. Tres años estuvo enfermo aunque no siempre en el hospital, sino de a tiempos. Y cuando el «de alta» definitivo, lo llevé a la casona de Flores, donde la Bárbara había preparado en una punta una habitación como para él y en la otra punta dos cuartitos coquetos para ella y quedaba un enorme patio y jardín entre medio. Ella comenzó a pagar el alquiler a pesar de mis protestas, y al tiempo se trajo una ayudanta, su protegida la viuda Gulaz, que ojalá la lleve el diablo.

Dice Valentesa en sus *Notas sobre el Arte de Novelar* que lo primero que hay que hacer en una novela es el retrato de los personajes. El retrato del Cura Descomulgado lo saben todos porque lo han sacado tres diarios, sin contar el mío; y un diario grande sacó su *curriculum* o sea necrología toda equivocada; ya no es Gerchunof el que hace ahora las «necrologías».

Era de estatura más bien alta, cara seria y alargada, pelo al rape, ojos celestes... Que tenía un porte distinguido decía Bárbara, pero yo no se lo notaba; solamente las manos largas y finas. Andaba de pie siempre que podía, pero no por «el centro» porque decía «estaba harto de ver monstruosidades femeninas»; pero cuando veía una mujer con un nene decía: «Hembras son, cumplen su misión...» En realidad era que tenía un miedo absurdo a los autos

desatados. De lengua era un poco a la que te criaste, porque era nacido en el Chaco. «Nunca he sabido tratar con mujeres, me dijo, salvo con la Bárbara que es varón en su mente y hasta en la cara un poco».

Esos despotriques contra las mujeres ¿cómo se compadecían con la devoción desatentada que tenía a María Santísima, Madre de Dios? En realidad de allí venían más bien, porque él barbotaba contra los vestidos descotados, llamando a las desvergonzadas «ñanduzas» o «charabonas»; pero a otras las llamaba «hadas bienhechoras».

60

Tenía algunos amigos, muy pocos pero buenos, que caían a visitarlo a cualquier hora, pues entonces los teléfonos andaban muy mal, como ahora que los ha tomado una compañía yanqui. El siempre los recibía de buena gracia, aunque a veces muy fastidiado por dentro. La enfermera, cocinera, ama de llaves venía cada día, hacía el almuerzo y dejaba preparada la cena —ella sabía yo venía al mediodía los domingos— y a veces venía a mediatarde a trabar las perpetuas discusiones sobre religión y teología o «Escritura»; donde a mí no me admitían y de cualquier modo me aburrían. Los domingos a mediodía estaba el hijo treceañero de la Gulaz, que era un muchachito muy raro, neurótico como la madre. Epileptoide. Asombrosamente, Mariano lo soportaba bien y hasta lo prefería.

61

Un día al aproximarme, oí música apagada. Entro y me encuentro un cantor morocho con guitarra, acurrucado en un sillón; y en otros dos Mariano y la Bárbara muy atentos. Me senté donde me indicaron.

El cantor era grande y feo, y más con las cabezadas y muequiadas que hacía al cantar. Cantaba bien. Nunca había creído que la guitarra pudiera imitar la voz humana. La voz era buena y la letra de la cueca, milonga y villancico que le oí al hilo eran casi primorosas. Eran romances o bien coplas aconsonantadas. Recuerdo:

«Pucha que es linda la vida
 Con vino, amor y amistad.
 Los bienes se vuelven dobles
 Y los males la mitad.»

Después de esto se alzó el barítono, apuró el vaso de vino y cambió con Marianito, también de pie, unas frases que no oí. Cuando salió, Marianín dijo:

— Es un ingeniero y se pasó a cantor. Apenas gana para comer.

Y cuando el morocho hizo sonar el cancel:

— Ahí se va la Argentina...

— ¿Por qué?

— Es del interior de Mendoza. Tiene seis hijos. La mujer trabaja. Representan la Argentina que se acaba.

— ¿Por qué?

— ¿No lo ha visto usted ya? La Argentina se desangra.

62

La Bárbara le enseñó a la viuda a cobrar los alquileres de su bloque y de los cuadros, eximiéndola de limpiar, que hacía muy mal, y de cocinar, que lo hacía peor. Hay que decir que el Marianito se había puesto a pintar en grande desde que lo echó del Monteagudo Perón —o mejor dicho, Peroncitos masones que ocupaba Perón de Ministros y de qué no. Mariano de chico había aprendido a pintar y sucedió que podía ganarse el puchero con eso ahora que había quedado en desempleo —lo cual lo afligió mucho. Había hecho descuidado un retrato al óleo de Bárbara sacado de una foto; y una amiga de ella se lo compró en 5.000 pesos viejos. Bárbara vio una mina, y le hizo pintar a la viuda (que era muy fea), al Enzo y a mí; y llevando los retratos a Van Riel los vendió por bastante plata. Entonces puso un aviso en el mismo Van Riel que se hacían retratos al óleo, al carbón y a la ténpera del natural y de fotos. El cura progresó rápidamente en el arte, y ella vendía bien los trabajos, no demasiado baratos, porque entonces no los compraban. Eso hizo salir un poco al ermitaño, que estaba demasiado encerrado y «leyente»; para ir a casa de «millonarios» que «posaban». Como trabajaba ligero y mucho tiempo, comenzó a volverse rico, y sobre el pucho a hacer limosnas a trochemoche. La Gulaz cobraba con mucha

eficacia porque con esa su facha bruta lo asustaba a cualquiera. La Bárbara, después de reprobarlo altamente, comenzó a imitarlo en el hacer limosnas. Eso sí misas, no hacía decir ninguna.

63

En eso andaba cuando vinieron las malas porque no se puede en esta vida andar siempre de buenas, anoser siendo muy rico. La Pastorela se enamoró y se iba a casar; lo cual era una catástrofe. El cantante Raffaello comenzó a cortejarla con furia italiana, y ella se enamoró como una chiquilina, como una colegiala de 16 años. Raffaello era un cantante italiano o catalán que se había hecho famoso en Buenos Aires, y no voy a negar que sus cancionetas eran bastante buenas y él muy «guapo», como dicen en España. Tropezó con ella en un «beneficio» del Hospital Elizalde (o Casa Cuna) donde ella era de la Comisión de Cooperadoras. El filo comenzó de golpe y comenzó a crecer como casa incendiada. Ella nos abandonó cada día más, porque su rruiseñor venía a verla a su casa y se pasaba las horas, y ella iba a verlo a su camarín de Tele Canal 8. Yo la titeaba aunque con cuidado de no hacerla enojar mucho, porque recordaba la otra vez que le dije el Uruguay era un país parasitario, que se puso hecha una hiena, y eso que ella no se daba por uruguaya sino por alemana u holandesa. Yo le echaba indirectas sobre el Raffaello o sobre las canciones que le salían cursis. Una vez me dijo:

— Mi novio me dijo que soy muy hermosa.

— Mírese al espejo —le dije— Ya le dije que no era ni hermosa ni fea. «No de mal parecer, pero tampoco guapa» dijo Cervantes.

— Pero una vez usted dijo que era hermosa.

—Cumplidos... lo mismo su Raffaello. Se ve que él tiene el mismo gusto que el poeta:

No quiero en fea público cilicio
Ni en belleza sin par mi quita sueño,
Antes que necia venga un maleficio,
Y antes que cruda un toro jarameño.
Lejos de mí la que se inclina al vicio,
Lejos de mí virtud de adusto seño.
¿Pido peras al olmo, al sol celajes?
Agora lo veredes, dijo Agrages...

—¿De quién es? —me preguntó— No entendí todo. Si me la repite, la copiaré.

—Vargas Ponce, un militar del siglo XVIII. Mejor le daré un libro donde está entera, en las antologías está fragmentada: *Proclama de un Solterón*, en octavas reales. Es la mejor poesía satírica que se ha escrito en español. Mansamente sabe los defectos de las mujeres.

— Pór eso le gusta a usted.

— Mansamente le digo.

Marianito se hacía el desentendido, no hizo nada para apartarla ni para fomentarle el camote; era habituado a llevar calamidades; y la próxima pérdida

de su enfermera tenía que hacerle un socavón en el alma. Para mí la calamidad era la comida envenenada de la viuda; pero Marianito que la había querido igual o más que a una hija o hermana que no tuvo, y que en realidad la necesitaba, lo debía de sentir como una apendicitis. Ahora no se la veía casi nunca, porque estaba fuera o en casa con el Raffaello. Habían hecho una sociedad «Club de las Admiradoras de Raffaello» y la quisieron hacer Presidenta: 100 tilingas es natural haya en una ciudad como Buenos Aires, y más también. Ella no entró en el Club, al contrario le daba rabia; pero estaba tan enamorada que parecía capaz de cualquier cosa. Un día faltó un día y una noche de su casa y al otro día se presentó toda descuajeringada, y confesó había sacado sin confesar el Fortacho del cura para ir con el novio al Tigre, se les había roto en mitacamino, y no habiendo fonda debieron de dormir en el autito y al día siguiente echar los bofes para conseguir un taller mecánico. El cura me dijo un día:

- Déjela que gaste la primera ilusión de su vida...
 - Entonces usted no cree que se casará.
 - No creo.
 - ¿Por qué?
 - No sé. Un pálpito que tengo.
- Y el pálpito se verificó.

Cayó como un rayo en cielo sereno. Raffaello era casado en Italia. Una amiga estrecha de la

Bárbara viajando por Europa, se encontró en Milán con una mujer joven que le pidió noticias de su marido que «estaba en Buenos Aires». Ella no le dijo Raffaello sino otro nombre pero le mostró una foto que era él en pinta. La amiga toda conmovida averiguó con todo cuidado y no cabía duda: incluso encontró el acta de matrimonio en la iglesia de la Addolorata, y sacó una fotocopia. Reunió un sobre grandote de testimonios y lo mandó por avión certificado y valor declarado a Buenos Aires; más una larga carta.

Cuando la Bárbara recibió el sobre se quiso morir. Se calló dos días y después se lo contó a Mariano. El cura dijo: «Canalla» y le mandó que lo echara, pero esperando que viniese él aquí. Dicho y hecho: vino ese mismo día y la luterana le pasó los papeles sin hablar (no podía) y con el índice le señaló la puerta. El cancionero alzó su hermosa voz de barítono para alegar; pero ella le gritó un insulto en holandés, que fue la señal para nosotros dos de salir del cuarto contiguo donde estábamos apostados. Al vernos, el Raffaello se alzó, hizo una gran reverencia y se marchó, acompañado de las maldiciones de los tres que allí quedábamos. No se sabe dónde anda ahora.

La Bárbara se encerró conforme a su costumbre 4 ó 5 días en su casa y después se presentó a cocinar de nuevo, toda mohina y cabizcaída. La casa recobró su paso tranquilo y el cura recomenzó a pintar retratos con furor. Yo me había trasladado a la casona desde mi boardilla de la calle Canning y me salió casi gratis; y para escribir, mucho más tranquilo. Después de los miles de cuartillas que había escrito en mi vida, hacer diez «octavillas» al día me llevaba menos de dos horas y ningún esfuerzo. Guardaba todos mis artículos publicados, que eran miles, en carpetas, pero jamás los leía de nuevo. Antes de acabar este

mamotreto voy a copiar uno para muestra, si es que vale la pena. Yo no era ni colaborador ni editorialista, sino «cocina». Y esto me salvaba de la corrupción periodística, que decía Mariano.

66

Las desgracias nunca vienen solas. A pocos días de lo de Raffaello (el cual desapareció de Buenos Aires), tuvimos otro percance matrimonial y la enfermedad de Marianito, que ocurrieron casi juntos. Resulta que se presentó el marido de la viuda Gulaz (que por lo visto no era muerto sino separado) a reclamar a su mujer. No era paraguayo como ella sino porteño y se presentó con un aspecto de tirar de espaldas, cara y ojos inyectados, ropas ajenas, o muy grandes o muy chicas, sucio como un San Roque y una voz de alcoholizado. Había abandonado a su esposa (o lo que fuera) poco después de nacer el hijo, unos 13 años hacía y ahora había sabido o imaginado que tenía plata; y en todo caso, peor es nada. Ella, que temblaba como una hoja, le gritó se fuera de allí al demonio y reventó en uno de sus accesos de palabrería inconsciente, pero que no dejaba duda. El perdulario me miró no a la cara sino al grueso bastón de urunday que yo había traído y se encaminó al portal, volviendo la cara dos veces antes de salir.

67

Marianito tenía varias "fobias". Las dos más bravas, contra el tango y el periodismo. Del tango decía era el síntoma de la degradación biológica del porteño, lo mismo que la obesidad y fealdad de las mujeres. Hay o había (no sé si ha muerto) un cantor de tangos Julio Sosa, que apenas comenzaba a cantar, Marianito en vez de cortar la Radio, como hacía con otros, aumentaba el volúmen y se quedaba como en éxtasis escuchando. Un día le pregunté y me dijo que «estudiaba». ¿Qué cosa? —El plebeyismo. Decía que las radios (o los Radios, como dicen en Méjico) suministraban un material de primera para ese estudio.

Aborrecía el periodismo (exceptuándome a mí, que era «de cocina» y no culpable). Yo le decía exageraba. Había copiado los improperios al periodismo moderno de Donoso Cortés y Menéndez y Pelayo («Menendote»), Luis Veuillot, Kierkegaard... y me leía uno desos «testimonios» cuando yo le decía era una cosa de nuestra época, que ya estaba y no podíamos cambiarla.

Otras manías menores tenía contra el cine, las carreras de autos, la nueva liturgia, el carnaval, el Rotary Club y en general las «Sociedades» que pululan en Buenos Aires. Sin embargo todo eso no lo indignaba mucho, porque era un solitario.

68

Al mediodía me encontré con mi amigo en la cama y vestido. Me dijo se había levantado y vestido y al querer allegarse al escritorio se había caído por tierra. ¿Y por qué no me llamó? le dije. Lo ayudé a levantarse de nuevo y lo llevé al sillón; pero enseguida me dijo que se mareaba todo y el cuarto le giraba en redondo. Al día siguiente ídem de ídem y entonces mandé a buscar al médico, que me dijo no era nada, «alergia estomacal con debilitamiento». Le dio unos sellos y nos mandó lo dejásemos dormir. Pero no dormía por nada.

A los tres días volvió el porteño Gulaz (o como se llamara) un poco más limpio, con un mandato judicial y acompañado de un sargento para llevarse a su mujer. Ella cuando vio al marido y al uniforme dio un grito y salió corriendo y después se suicidó; o sea se echó de cabeza en el aljibe que está en mitad del patio.

69

No se mató como creíamos, estaba desmayada solamente medio sumergida en el agua del aljibe, que justificaba el proverbio que dice: «cómo sería la cañada que un gato pasó a rebenque». No sabíamos cómo sacar el «cadáver» (que tal nos parecía) cuando cayó otro milico con el Enzo: el hijo. El muchacho que era menudo y delgado se dejó persuadir a bajar, y lo descolgamos agarrado de la sogá del balde atada además a la cintura. Cuando llegó a donde

su madre con el frío le había pasado el desmayo, la hizo agarrarse y con la roldana los izamos a los dos, gritando el gurí: «jojo, ojo!» cuando le golpeábamos la cabeza contra la pared. El marido Gulaz había desaparecido y los dos autoridad prometieron que «si lo chapaban, lo fajarían en cana».

Lo notable es que a todo esto, la «viuda» apareció muy amansada con la lección y yo le perdí el miedo.

70

Mariano no mejoraba ni empeoraba. Barbarela andaba alrededor de él como gallina *culeca*, mas no podíamos hacerlo dormir ni comer mucho, a pesar de que nos afanábamos en hacerle cosas finas. No hablaba más que «Sí» o «No», pero entendía todo: en los ojos le leíamos las respuestas; incluso sonreía. Tenía un rosario en la derecha y no hacía más que rezar: leer apenas podía. El médico dijo era un debilitamiento general sincrónico cuya causa él ignoraba por ahora. Pidió papel y lápiz y con gran pausa hizo un testamento dejando todas sus pertenencias a la Pastorela. De dolores no se quejaba. Y así siguió tres semanas y luego murió como quedó dicho; y ni se nos ocurrió los Sacramentos, porque no se veía gravedad alguna, ni el médico nos previno. Dijo que había sido una falla repentina del corazón y allí quedamos sin saber qué hacer, la Bárbara llorando por primera vez en su vida, yo caído como si me hubiera golpeado y la viuda absorta y estúpida como una estatua de sal.

En una novena a San Francisco Javier dejó escrito para mí: «Si se le ocurre relatar mis andanzas, hágalo

en forma de novela». Estaba escrita la «petición» de la «novena de la gracia» que había recitado toda su vida al levantarse. La petición era: «la gracia de la salud o una buena muerte presta».

71

Al retorno de la Chacarita en un coche-caballo de la funebrera, me dijo Don Ernesto de La Guardia: —«En toda su Orden era el más parecido al fundador de la Orden y la Orden lo expulsó y murió fuera de la Orden».

Yo dejé pasar la cacofonía y repliqué:

— ¿Qué sabemos? No podemos saber. La Orden es inmensa.

— Él mismo me lo dijo.

Yo dejé pasar la mentira y dije:

— Eso sí que no creeré yo. Era muy modesto para decir eso... a no ser como ironía.

— Llamelé hache —dijo La Guardia.

Yo me descaré a mi vez.

— ¿Cree usted, podríamos hacerlo canonizar?

— Hombre, no; jamás —dijo riendo.

— ¿Jamás qué?

— No se puede si no ha hecho ningún milagro.

— ¿Y por qué no podrá hacerlo después de muerto? Además su vida fue un milagro. Yo voy a promover el proceso. Yo conozco su vida. Como periodista tengo palanca.

Rió por toda respuesta.

Al bajar yo en la casona y él seguir viaje, me dijo desde lo alto:

— Cúrese de ser soñador.

72

A la paloma no se la veía ni en la cocina. Se había encerrado conforme a su costumbre de cuando tenía un disgusto o pena. Fui a su departamento y golpeé la puerta hasta que la cansé y abrió. Estaba desmejorada y macilenta, había perdido cinco kilos; a lo mejor diez. Al verme me dijo sin expresión y más fría que un hielo:

— Yo no lo he matado.

— No sea zonza, le dije. Sabe lo que el médico dijo... Una falla del corazón.

— Justamente. Yo no lo he matado.

Con ella cuando se ponía así era inútil discutir. Yo le dije saliera de su covacha a tomar aire y hacer un poco de ejercicio.

— Estoy disponiendo de mis pertenencias, las propias y las heredadas -mostrando sobre el escritorio un montón de papeles.

— ¿Y en qué forma las va a disponer? —le pregunté encuriosado.

Me dijo que ya lo vería yo si vivía. Me dijo que sacase para mi recuerdo cualquier cosa de las del Mariano. Yo le repetí se sacase de la cabeza ideas estrafalarias y volviendo a casa tomé un vasito de plata grabado y un libro. Pero ella más tarde me obligó a sacar seis libros.

Tomé los que hallé más anotados y rayados por Marianito; es decir «ensuciados». Mi amigo acostumbraba a poner notas en los libros, comenzando con la contratapa y la *fly-leaf* y acabando por la hoja en blanco del final, pasando por todos

los finales de capítulo y el pie y cabo de cada página. Y encima los «rayaba». No digo «subrayaba». Tiraba una línea delgadita con lápiz rojo en las líneas impresas: abajo, si le gustaban, arriba, si las creía erróneas; y arriba y abajo, si dudaba o no entendía. La línea no atropellaba lo impreso y señalaba el pie o cabeza del renglón tan atildadamente como hecha con regla; de modo que él añadía al libro otro libro, por decirlo así, conteniendo su impresión o juicio de lo que iba leyendo. El empezó ese sistema con las «folias» de los profesores de la Gregoriana, pero solamente rayando abajo; y el primer libro que rayó en cifra fue una antología de Kant, traducida al francés. Por supuesto que no todos los libros leía así «con pluma en la mano»; tenía más de dos mil —que ahora pertenecen a la indigna pastorela cuando no es por decir debería habérmelos dejado a mí.

73

El primer libro que tomé fue el que estaba leyendo cuando enfermó, una novela picaresca llamada *La Pícaro Justina*. Dice Menendepelayote que no es novela picaresca, porque jamás ha provocado un mal pensamiento en nadie; y después comienza a derribar el libro llamándolo «oscuro, extravagante, destartalado», y otros dicterios como «sin juicio, caótico», y eso no porque el autor ignore el castellano, sino porque lo sabe demasiado». Pero mejor que el comentario del Menendepelayote (así

llamaba mi amigo al gran crítico español) es el que él mismo puso en el colofón del libro: que estaba todo rayado.

«Éste es un sujeto que padeció flujo de palabras. Loco fue por supuesto; como la viuda Gulaz en cierto modo, pero muy mucho erudito y letrado. Con ese su poder de palabrear a chorros, se puso a imitar la literatura de moda, que era de pícaros, y tomó por patrono a *Guzmán de Alfarache*...»

Yo creo bien lo que dice el Pelayote que no ha provocado ningún mal pensamiento, porque nadie puede leerlo —fuera de mi libriomnívoro amigo: yo no pude llegar al quinto capítulo.

Es de autor anónimo; pero el Menendote no va a decir que hay una cosa que él no sabe; y así sale con el hallazgo de que el autor fue un fraile dominico llamado Andrés Pérez, que también escribió una *Vida y Milagros de San Raimundo de Peñafort*, en un estilo parecido aunque mucho menos avezado. Yo creo bien que no escribió el segundo tomo que promete, porque lo agarraron y encerraron. No sé qué buscaba Mariano en ese fenómeno de libro, quizás estudiaba la lengua... o la locura de la viuda Gulaz, que el psiquiatra llamó «charlatanazo» o «neologismo». Vean un ejemplo al azar:

«Fue mi padre hijo de un suplicacionero, el cual en barajas y cestos y gastos de bergantines corsarios traía más de cincuenta escudos en trato. Él fue el que inventó traer los criados barajas y por eso lo llamaban por mal nombre 'el de barajas'. Él fue el que inventó el echar la buena barba y compuso el terlincampuz de tabla a tabla. En su tiempo, los que ahora se llaman barquillos se llamaban 'suplicaciones', porque debajo de cada oblea iban otras muchas que hacían una manera de doblez; mas las de ahora, como no tienen doblez debajo,

sino una oblea despegada, llámanse barquillos. Es vergüenza, todo está sofisticado... »

¡Este es el libro que el Marianín «rayó» más que el *Quijote*! Todo está sofisticado y hay gustos que merecen palos.

74

Pero con disgrecciones voy seccionando el hilo desta verdadera historia... (ya se me pegó el estilo). Hablaba de la Bárbara que en 15 días no salió de su cuarto si no es a veces a la cocina para morigerar a la viuda. A los 15 días desapareció sin despedirse, ella y la viuda, las dos. Dejaron los cuartos limpios, sin ni un papel ni una cáscara de maní, y sin pagar el alquiler. Dejó en forma todas sus pertenencias a la paraguaya, incluso la biblioteca que valía un dineral. Yo temí que la viuda la perdiera, pero no había peligro, tenía ya tres ofertas, De la Guardia y dos amigos suyos; y ella sabía que iba a terciar en la subasta la Biblioteca Municipal; de modo que no tenía más que elegir el que pagara mejor. Se vio rica de repente y se fue a un juez, seguro por consejo de su ama (que la había civilizado bastante), pidiéndole separación de lecho, techo y hacienda de su marido —si es que el Perdulario era marido; y protección de la policía si se presentase— no se presentó.

Me puse a buscar a la Pastorela, a quien había cobrado afecto... no correspondido. Supe por un casual (por Chas de Cruz, que trabajaba en la

Aduana) que se había largado a Montevideo; él mismo la vio subir al vapor de la carrera con un maletín y un portafolio. Después recibí el cofre de papeles y la cartita del Uruguay, sin dirección, que dio origen a este mamotreto. Escribí dándole las gracias, y pidiendo su dirección y poniendo en el sobre: «Confíada a los amables oficios del Correo Montevideano». Si llegó o no la carta, no sé. Contestación no recibí; y estaba seguro que si viajara a la Perla del Plata y la encontrara, no me recibiría. Nunca me quiso bien; y yo no le había hecho nada. Claro que yo a veces (pocas) la chichoneaba un poco. Bah, no me importa nada. Que se haga pastora protestante si quiere. Va para pastora. Estaba todavía resentida conmigo con una obstinación muy de ella —o muy de cualquier mujer— de cuando le dije que el Uruguay era un país parasitario. Esto la hizo trepar a la parra y subir hasta las nubes, como diría la Madre Eudoxia de la Infancia de Jesús.

Por si no conocen a la Madre Eudoxia, les diré era una monja vincentina que se confesaba así: «Acúsome Padre que le he alzado el gallo a la Superiora, me he subido a la parra con una hermana y me he puesto por las nubes contra el Capellán del Asilo. Acúsome Padre que en la recreación he querido ponerle puertas al campo, que en mis pensamientos me he salido de pretina y he tocado el cielo con mis manos en mis devociones... y me gusta salir de picos pardos...» y así por el estilo. Porque sucedía que usaba para confesarse el *Confesionario para Religiosas* del P. Juan Mir, jeromiano, especialista en la lengua del Siglo de Oro y hermano de Miguel Mir, el apóstata.

75

Otra vez he tronchado el hilo: debe ser la aflicción que me hace andar vagueando. Pues parece que no, pero la muerte de mi joven amigo pesa en mi corazón como una piedra de molino (otra vez se me pegó el estilo).

Los periodistas somos como una mafia (los periodistas modestos, "de cocina") y yo tenía muchos colegas amigos en el Uruguay, no digamos aquí. Escribí a Vázquez Obarrio, que colaboraba en *El Cívico*, *El Progreso* y *El Eco de la Ciudadanía* que a cualquier costo me buscara la dirección de la Bárbara Moro; y el gazonpiro me contestó a las dos semanas que a pesar de sus esfuerzos no había obtenido un vintén. Desesperado, me atreví a dirigirme al Vicepresidente de la Banda Oriental, Dr. José María Madroñas, que conocía por haber visitado mi diario y haberlo yo «entrevistado». Y éste no tardó ni cinco días. Vino una carta muy atenta, dactilografiada en papel oficio, comunicándome el Secretario que la «interfecta» vivía cerca de la Iglesia de la Agraciada, calle Yi 431, iba todos los días a oír misa y comulgar y los sábados a confesar, y era fervorosa católica —pues yo le había indicado buscaran por las tres capillas luteranas y había mandado un retrato con todos sus pelos y señales, nombres, apellidos y apodos. «¡Fervorosa católica!» Casi me caí de la silla.

No quise viajar a Montevideo por el momento, temiendo el portazo en la nariz, y simplemente repetí la carta que había mandado el mes antes. Ahora vino una respuesta un poco seca diciendo (bien sé

que este gerundio está mal) se había reducido «a la verdadera fe por los ejemplos de Mariano» del cual sabía cosas de santo; que la había recibido en la Iglesia Católica Romana Apostólica un jeromiano famoso, llamado Segundo o Segúndez, y que estaba en paz no deseando hablarme ni verme más. Que no creía ser infiel a su padre, y que no despilfarrase un viaje al Uruguay.

Pero el grueso de la carta era exhortarme a que cumpliera mi promesa de explicarle la respuesta de Marianillo Exsinagogis a la objeción de su padre contra el llamado «argumento moral» del Concilio Vaticano, de que no se puede probar la existencia de una cosa por la misma cosa; y así querer probar la divinidad de la Iglesia con la misma Iglesia era círculo vicioso.

Yo sabía la solución desta dificultad de Kierkegaard por habérsela oído a Marianillo. De modo que remití a su tiempo la siguiente carta-ensayo a la teología solterona.

76

Kierkegaard creía, al menos cuando formuló su argumento, que la Iglesia Danesa a que pertenecía era la verdadera; y ya había comenzado a ver el fariseísmo de esa Iglesia *de Estado* y que su fe no era la verdadera fe, que es la fe en la «paradoja» (o sea en los misterios) sino una rutina, mitología o superstición. Él creía en ese tiempo al menos que la Iglesia de Dinamarca, con su Arzobispo Mynster al frente, continuaba a la Iglesia de los Padres y

tenía por ende 1800 años; y sin embargo se había vuelto un monstruo.

Muy diferentemente hubiera pensado al fin de su vida y más si se hubiera «reducido» (como Usté) a la Iglesia Romana, que no sabemos si internamente y en secreto lo hizo. Para ver su cualidad sobrenatural hay que mirarla *totalmente*, y no próximamente en el rincón en que uno está; así la vio el historiador Agustín Thierry que se convirtió al Catolicismo después de escribir la Historia de la Conquista Normanda de Inglaterra. Quiere decir que hay que verla en un tiempo infinito y en una cualidad infinita; lo cual pide un trabajo o esfuerzo; por lo menos, en no pocas personas.

En el tiempo, la Iglesia Romana tiene ahora dos mil años continuados y unidos; o sea, una duración que no ha tenido ninguna sociedad, ninguna secta, ningún Reino y ningún Imperio. En eso es única; y eso no es de potencia humana.

En el espacio, ella está diseminada en todo el mundo, de modo que no hay tribu africana tan bozal que no la conozca, al menos haber oído hablar. Eso llamaba vivamente la atención del jorobadito de Copenhague, que la Iglesia verdadera fuese solamente de Dinamarca, sostenida pecuniariamente por el Rey de Dinamarca. También eso apunta a lo sobrenatural, no puede explicarse con ninguna razón humana. Las siete razones de la propagación fulminante del cristianismo en el siglo I que dio Gibbons son enteramente nulas hoy.

En la cualidad, ella no solamente ha educado la mejor raza del mundo (y poco importa que ella ahora ande deseducándose), sino que ha dado nacimiento a los hombres más egregios, los santos; cuya cualidad sobrenatural saltaba a la vista de todos, aunque no hubiesen hecho milagros. Y los hicieron.

Ésas son sin duda las razones por las cuales usted «se redujo». Marianito que no quería con usted (ni con nadie) hacer propaganda, quiso exponerlas *indirecte* en una gran parábola que llamó «Viaje a la Isla de Jauja», en la cual Jauja representa a la Iglesia y a la vez la contemplación de lo divino. Es el único libro que nos dejó y ése incompleto, pues parece haber fracasado en su noble intento. Quería escribirlo en forma de cartas. Ahora que conoce usted su vida (y su muerte) puede entenderlas.

En resumen, puede demostrarse el carácter divino de la Iglesia, contemplando la totalidad della sin círculo vicioso; pues cuando yo contemplo eso soy un sujeto diferente del pobrecito fiel entre muchos de la Parroquia de Santa Elisa.

También hay que advertir muy mucho que ese carácter divino se irá obnubilando y oscureciendo hasta noche cerrada al llegar el tiempo en que dijo Jesucristo mismo «no quedaría ya fe sobre la tierra»; de modo que solamente «los que perseveren hasta el fin serán salvos»¹⁴.

14. Sobre el estado de la Iglesia en el tiempo del fin escribe San Jerónimo: "En principio parece blasfemo afirmar que la Iglesia se convertirá en desierto y tierra árida, y que las fieras harán morada en ella, y que luego se la insulte: 'Ésta es la ciudad entregada al mal, que habitaba en seguridad, la que decía en su corazón: —¡Yo y nadie más que yo!— ¿Cómo se ha convertido en desierto, en guarida de fieras?' Pero quien considere el anuncio de San Pablo: 'En los últimos días sobrevendrán tiempos difíciles porque los hombres serán amadores de sí mismos y del dinero, jactanciosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a sus padres, ingratos, impíos, inhumanos, desleales, calumniadores, incontinentes, despiadados, enemigos de todo lo bueno, traidores, temerarios, hinchados, amantes de los placeres más que de Dios, con apariencia de piedad,

Esto lo tenía tan presente Marianillo que ya se volvía una manía en él. Sin duda usted lo oyó, porque hablaba dello solamente con los más íntimos. Él creía que los «signos» de que dijo Cristo habíamos de estar atentos, se estaban cumpliendo.

Esto es lo que puedo decirle acerca la «objeción de Kierkegaard» que a mí también me desasosegó

mas negando lo que es su fuerza' (*II Timoteo* 3: 1-5), y además lo que vaticina el Evangelio: 'Por el exceso de la iniquidad se enfriará la caridad de los más' (*Mateo* 24: 12), tanto que entonces se cumplirá la palabra de Cristo: 'Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará por ventura fe sobre la tierra?' (*Lucas* 18: 8), no pensará que es increíble la devastación extrema de la Iglesia." San Jerónimo concluye que "donde antes habitaban el Padre, el Hijo y el Espíritu y los ángeles ejercían su ministerio, entonces habitarán las fieras, y por ello se lamenta el profeta: 'No entregues a las fieras las almas de quienes confían en ti' (*Salmos* 73 [74]: 19)" (*Commentaria in Sophoniam*, Cap. II, vv 12 ss, PL 1370 c-d, 1371 c).

"La Iglesia en el tiempo de la Gran Apostasía [quedará] reducida a un grupo de fieles que resisten a los prestigios y poderes del Anticristo (mártires de los últimos tiempos) mientras la Religión en general es pisoteada durante 42 meses o 3 años y medio. Pisotear no es eliminar: el 'Cristianismo' será adulterado [...]

"¿Qué es lo que puede corromper a la Iglesia? Lo mismo que corrompió a la Sinagoga, el Fariseísmo [...] Hay actualmente obras 'católicas' que trabajan, se esfuerzan y se desgañitan para el Príncipe de este mundo; y ojalá yo esté equivocado. La seña es cuando hay 'religión' (?) y no hay honradez adentro de ellas [...]

"Sólo el Tabernáculo (o *Sancta Sanctorum*) será preservado: un grupo pequeño de cristianos fieles y perseguidos; el Atrio, que comprende también las Naves (no las había en el Templo de Jerusalén), será pisoteado. Y ésa es la 'abominación de la desolación', que dijo Daniel (9: 27) y repitió Cristo (*Mateo* 24: 15)" (Castellani, *El Apokalypsis de San Juan*, Visión Séptima: La Medición del Templo, Editorial Jus, México, 1967, pp 141-143).

un tiempo. Pero su meditación ampliará lo poco que yo sé decir, pues Usted conoce la Escritura, y la Escritura es el camino derecho para probar la divinidad de la Iglesia, mejor que estotro que al menos para mí es escarpado.

77

Voy a copiarle para más abundamiento los tres sonetos que compuso Marianito en su juventud y que después retractó y renegó; no por nada, sino porque suponían que la Iglesia duraría todavía miles de años y había por ende «un sucesor milésimo de Pedro», cuando él había llegado a la convicción que habría solamente de ahora en más unos pocos Papas, no más de diez, después de los 260 que ha habido.

I

Curiosa vive Dios, la dinastía
Que fundó un pescador de Galilea:
Sin armas a las armas desafía
y es débil e inmortal como una idea.

A sus pies las catervas a porfía
La atacan con el hacha y con la tea,
Y ella de noche reza; y luego el día
En enterrar sus émulos emplea.

No hay otra tal en todas las edades
Que a tales odios y guerrear se avece
Con tanta fuerza pertinaz e interna

Que resista tan bravas tempestades
Y tan gallardamente se enderece
Tranquila, intacta, incommovible, eterna.

II

Como aquellas pirámides gigantes
Plantadas como líbicos peñones
Ven pasar a sus veras incesantes
Las oleadas de las generaciones:

Tutankamón, Cleopatra, coruscantes
Cruzados, Saladino, los Borbones,
Napoleón con sus tropas fulminantes,
Y Mister Roosevelt, cazador de leones.

Todo fue y ellas son... Así el Papado,
Pirámide de luz de bases nobles
Cuya cima se yergue hasta la gloria

Sobre Pedro, que es piedra, sustentado
Mira pasar cabe sus pies inmóviles
La larga caravana de la historia.

III

Y cuando del actual mundo mezquino
Queden ruinas no más y rotos arcos,
Y se hable de Venecia y su San Marcos
Como hoy de Menfis o del Palatino.

Cuando el turista zelandés o chino
Venga a mirar sentado los arcaicos
Restos de Londres, o a buscar mosaicos
Del Louvre en el desierto parisino,

Aún habrá Vaticano. Todavía
En medio de otras lenguas y otros nombres
Y sin sombra de quiebra ni desmedro,
Levantará la mano dulce y pía
Bendiciendo a los hijos de los hombres
El sucesor milésimo de Pedro.

APÉNDICE I: LOS AFORISMOS

Marianillo hablaba poco, si no es algunos días en que se rebasaba y hablaba hasta por los codos; pero con la Bárbara platicaba todos los días o casi, a la hora en que se encontraban. Un día no hablaban ni ripio y al otro departían dos horas; siempre de religión, porque la Bárbara lo tenía de manía, como los protestantes en general. Mariano nunca tentó de «reducirla» a la Iglesia.

Marianillo hablaba fácil en forma aforística o epigramática. ¡Qué greguerías ni qué cuernos! Yo hice el descuidón de mi vida al no anotar los pensamientos que le oía, creyendo él los anotaba; pero erré, porque ahora en sus cuadernos no hallé ni uno solo.

Raspándome el cerebro he logrado recordar unos cuantos.

1. «Mando al pie y obedece el pie, mando a la mano y obedece la mano; pero mando al sentir y no obedece el sentir», dijo San Agustín. Pero yo no tengo sentires. Mis sentimientos están podados y enredados. Por ahora es mejor.

2. Una Orden Religiosa puede conservar intacta las Constituciones y las Reglas de su Fundador, enteramente vaciadas del espíritu del Fundador.

3. Entre la «Santa Obediencia» del Flamenco y la del Santo Fundador existe la diferencia de un comerciante flamenco del siglo XX y un hidalgo español del XVI.

4. La «censura» de los escritos no la inventó el Fundador, fue introducida después; y tal como se practica ahora aquí, es una mera aberración.

5. San Ignacio de Loyola fue un gran santo, pero demasiado seriete aunque se han conservado dél algunos chistes y situaciones jocosas. Lo malo es que escribió su vida el escritor adocenado Rivadeneyra. Ése sí que es serio.

6. No me gustan los santos sin poder de ironía. Quizá todos los santos han sido ironistas, ocultos muchos dellos.

7. La necedad es una de las cosas más difíciles de sufrir. Y no obstante, a veces hay que sufrirla.

8. A los magnates de la Iglesia les beso el anillo cuando los topo -pocas veces.

9. Los jóvenes y las mujeres no están hechos para la política.

10. No puedo vencer del todo mi soberbia. Debería trasponerla en magnanimidad. Pero según Aristóteles, yo no puedo ser magnánimo.

11. La democracia trae la demagogia y la demagogia trae el dictador. Y a éste le ponen nombres que significan lo contrario: libertad, igualdad, gobierno del pueblo.

12. El que ha tratado con un politiquero, como quien agarra una cucaracha con los dedos, advierte se trata de una especie curiosísima, una nueva rama de la entomología.

13. Lo que está pasando ahora no me interesa un comino. Lo sabía desde el tiempo de mis estudios, como un médico que ha diagnosticado bien.

14. El español De la Guardia tiene la cabeza contaminada, pero acierta por atavismo.

15. Los yanquis son medio locos; aunque sea locura poderosa.

16. La democracia no fue barrida por Petain, Maurras y Brassillach; menos va a ser barrida por nosotros. Aquí sólo puede barrerla Jesucristo.

17. Sarmiento, Almafuerte e Ingegnieri podían haber nacido en cualquier lado; pero para tener gran descendencia, debieron nacer aquí.

18. Esta Orden en su primera parte fue algo grandioso. Ahora yo he estado 30 años, conozco 7 «Provincias» della y he hallado muchos hombres honrados, cultos y bondadosos; pero santos ninguno.

19. Les da por hablar del año 2000. El año 2000 está muy de moda. Unos dicen que entonces todos estaremos unidos (Perón). Otros que al entonces todos moriremos de hambre, 2.000 millones de subdesarrollados. Puede que Perón tenga razón en otro sentido.

20. El periodismo es una de las calamidades irremediabiles desta época.

APÉNDICE II: EL FIN DEL MUNDO

Pasé a mi amigote un ensayo con este tema del Profesor Antonio Brambilla, que me remitió de México mi colega y compadre Antonio Berripurri enviado allá por la revista *Actualidad* para reseñar el viaje del Presidente Echeverría. Marianito me dijo conocía de nombre al Dr. Presbítero Brambilla, muy docto y elocuente; pero que este ensayo dél lo decepcionaba: sus argumentos no convencían, había un error y una proposición ambigua, y en el final una indiscreción.

—Pero ¿no defiende usted lo contrario, que el fin del mundo estaría cerca?

— De mí está cerca —respondió con una sonrisita.

No entendí de momento; él tenía la convicción o manía que había de morir pronto, como un médico su amigo le había dicho, y de hecho sucedió.

—No tratamos deso, dije. Sabemos que todos hemos de morir. Se trata aquí del interés de la humanidad...

—No me ha sido encomendado el interés de la humanidad.

—¿Pero no dice usted aquí, le dije señalando la pila de cuartillas de su *Apokalypsis*, que los signos se están cumpliendo y el fin del mundo está cerca?

— No dogmatizo nada, mas expongo las razones en pro y en contra.

— Pero usted tiene las razones en pro...

— Las profecías de la Escritura son difíciles y aun obscuras. Mejor que discutir, es dejar que cada uno haga de su capa un sayo.

— Entonces ¿por qué rechaza el ensayo del Dr. ése?

—No me convence. Y lo que me da en rostro dél, es ese final despreciativo del adversario, en que los llama «los impacientes que acumulan profecías y visiones para quitarnos el gusto de llegar al año 2000». No se ha fijado que entre esos impacientes figuran hombres de grandísima autoridad...

— Por ejemplo, usted.

—Yo soy nadie. Por ejemplo San Pío X, Donoso Cortés, Maritain, José Pieper, Teodoro Haecker, el gran exégeta judeo-cristiano Frank-Duquesne y otros que ahora olvido. Ah y Santa Hildegarda de Bingen.

—¿Cómo? — Fue una monja benedictina de la Edad Media, siglo XI y XII, que tuvo grandísimo renombre y tuvo revelaciones y visiones, que nos dejó en un bajo latín igual o mejor que el de Santo Tomás dos siglos después. Por casual debí recorrer sus obras completas, *Patrología de Migne*, volúmen 197; y no encontré lo que buscaba, pero sí otra cosa sorprendente: tres o cuatro capítulos sobre el Anticristo, que contienen la esjatología de la Edad Media, que es la de la Iglesia; es decir, la nuestra. Pues bien, allí hace una descripción de la sociedad de los últimos tiempos, que se parece maravillosamente a la nuestra, y no a la della, la medieval. Verdad es que en Lactancio, Maestro de San Agustín, siglo IV, hay una descripción parecida, pero mucho menos exacta y precisa que ésta...

—Póngala allí, le dije señalando de nuevo el rimero de cuartillas sobre la mesa.

—Por cierto, dijo él.

Como saben, murió antes de acabar su *Comentario Literal del Apokalypsis* (así escribía él esa palabra), que publicamos nosotros tratando en vano de completarlo, con anotaciones suyas sueltas. No está el testimonio de la Santa medieval por eso le he referido aquí en Apéndice.

Este libro se terminó de imprimir
el 16 de julio de 2003,
memoria de Nuestra Señora del Carmen,
Patrona del Ejército de Los Andes,
en ARTES GRÁFICAS UNIÓN,
Perú 1875 - Tel. 4257043 - 4381042,
Mendoza - Argentina.